

OTREDADES  
O LOS ALFONSINOS  
LECTORES

Genaro Huacal Torres



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN









OTREDADES  
O LOS ALFONSINOS  
LECTORES

EDICIÓN DE  
GENARO HUACAL TORRES



*Alfonso Reyes*

---

EDICIONES DEL FESTIVAL ALFONSINO



OTREDADES  
O LOS ALFONSINOS  
LECTORES

EDICIÓN DE  
GENARO HUACAL TORRES



*Alfonso Reyes*

---

EDICIONES DEL FESTIVAL ALFONSINO





**UANL**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN®

Jesús Ancer Rodríguez  
*Rector*

Rogelio G. Garza Rivera  
*Secretario General*

Rogelio Villarreal Elizondo  
*Secretario de Extensión y Cultura*

Celso José Garza Acuña  
*Director de Publicaciones*

Padre Mier No. 909 poniente, esquina con Vallarta  
Centro, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000  
Teléfono: (5281) 8329-4111 / Fax: (5281) 8329-4095  
e-mail: [publicaciones@uanl.mx](mailto:publicaciones@uanl.mx)  
Página web: [www.uanl.mx/publicaciones](http://www.uanl.mx/publicaciones)

Primera edición, 2012  
© Universidad Autónoma de Nuevo León  
© Genaro Huacal Torres

Impreso en Monterrey, México  
*Printed in Monterrey, Mexico*

*Al maestro Óscar Estrada de la Rosa  
por obsequiarme este libro con un simple  
comentario.*



(...) *La vida no es de nadie, todos somos  
la vida —pan de sol para los otros,  
los otros todos que nosotros somos—,  
soy otro cuando soy, los actos míos  
son más míos si son también de otros,  
para poder ser he de ser otro,  
salir de mí, buscarme entre los otros,  
los otros que no son si yo no existo,  
los otros que me dan plena existencia,  
no soy, no hay yo, siempre somos nosotros,  
la vida es otra, siempre allá, más lejos,  
fuera de ti, de mí, siempre horizonte,  
vida que nos desvive y enajena,  
que nos inventa un rostro y lo desgasta,  
hambre de ser, oh muerte, pan de todos (...)*

Octavio Paz. Piedra de sol



## In memoriam A. R.

**E**l vago azar o las precisas leyes  
que rigen este sueño, el universo,  
me permitieron compartir un terso  
trecho del curso con Alfonso Reyes.

Supo bien aquel arte que ninguno  
supo del todo, ni Simbad ni Ulises,  
que es pasar de un país a otros países  
y estar íntegramente en cada uno.

Si la memoria le clavó su flecha  
alguna vez, labró con el violento  
metal del arma el numeroso y lento  
alejandrino o la afligida endecha.

En los trabajos lo asistió la humana  
esperanza y fue lumbre de su vida  
dar con el verso que ya no se olvida  
y renovar la prosa castellana.

Más allá del Myo Cid de paso tardo  
y de la grey que aspira a ser oscura,

rastreaba la fugaz literatura  
hasta los arrabales del lunfardo.

En los cinco jardines del Marino  
se demoró, pero algo en él había  
inmortal y esencial que prefería  
el arduo estudio y el deber divino.

Prefirió, mejor dicho, los jardines  
de la meditación, donde Porfirio  
erigió ante las sombras y el delirio  
el Árbol del Principio y de los Fines.

Reyes, la indescifrable Providencia  
que administra lo pródigo y lo parco  
nos dio a los unos el sector o el arco,  
pero a ti la total circunferencia.

Lo dichoso buscabas o lo triste  
que ocultan frontispicios y renombres;  
como el Dios del Erígena, quisiste  
ser nadie para ser todos los hombres.

Vastos y delicados esplendores  
logró tu estilo, esa precisa rosa,  
y a las guerras de Dios tornó gozosa  
la sangre militar de tus mayores.

¿Dónde estará (pregunto) el mexicano?  
¿Contemplará con el horror de Edipo  
ante la extraña Esfinge, el Arquetipo  
inmóvil de la Cara o de la Mano?

¿O errará, como Swedenborg quería,  
por un orbe más vívido y complejo

que el terrenal, que apenas es reflejo  
de aquella alta y celeste algarabía?

Si (como los imperios de la laca  
y del ébano enseñan) la memoria  
labra su íntimo Edén, ya hay en la gloria  
otro México y otro Cuernavaca.

Sabe Dios los colores que la suerte  
propone al hombre más allá del día;  
yo ando por estas calles. Todavía  
muy poco se me alcanza de la muerte.

Sólo una cosa sé. Que Alfonso Reyes  
(dondequiera que el mar lo haya arrojado)  
se aplicará dichoso y desvelado  
al otro enigma y a las otras leyes.

Al impar tributemos, al diverso  
las palmas y el clamor de la victoria;  
no profane mi lágrima este verso  
que nuestro amor inscribe a su memoria.

Jorge Luis Borges,  
*El hacedor, Obra poética,*  
Emecé Editores, 1964, 133-135 pp.





# Borges y yo

**E**n 1971 llegué a Buenos Aires. Entre los proyectos que me llevaban a esa magnífica ciudad estaba el de conocer personalmente a Jorge Luis Borges. Lo solicité y en uno o dos días me encontraba en la Biblioteca Nacional, situada en la calle México. Hasta ahí me había acompañado el poeta surrealista Aldo Pellegrini.

Jorge Luis Borges estaba en un amplio salón. De inmediato, y ya conociendo mi nacionalidad, me recibió con una inusitada catarata de elogios:

—Mexicano, junto a ustedes los argentinos somos rústicos, aldeanos, primitivos, toscos, burdos, rudos... Su fineza y cultura...

Francamente desconcertado y sin olvidar que en términos generales los argentinos de aquella época mal sabían del resto de la América Latina, lo interrumpí:

—Perdone, Borges, ¿a cuántos mexicanos ha conocido usted?

—Sólo a Reyes, mi maestro.

—Ah.

René Avilés Fabila. *Fantasías en carrusel*,  
FCE, Colección Popular, México, 1995, p.42.



## ¿Existe Alfonso Reyes?

**S**i no fuera por ciertas razones, sería posible la formulación de estas preguntas: ¿existe Alfonso Reyes? ¿No será, por ventura, el mito inventado en una conspiración de humanistas fundadores de una religión de la curiosidad? Porque Alfonso Reyes está en todas partes. Su huella aparece sobre los rastros de Góngora y los pasos de Mallarmé; en la gran estatua que muchos hombres siguen levantando a Goethe está la marca de sus dedos y en la resurrección de los mármoles griegos se advierte el soplo del espíritu; en los caminos que América recorre ha puesto flechas para señalar rumbos; el viejo valle de Anáhuac, transparente y dramático, resurge con su aliento: por las rutas oceánicas que la estela de su nave; “si allá junto a Guadarrama deja tu amistad señales, junto a santa Genoveva hay los recuerdos que sabes”. Entre los filósofos hay palabras suyas y los historiadores lo hacen camarada; ha puesto más de una lámpara en las costas de la geografía; rescató secretos de la semántica y dispó nubes sobre la filología; alude a la física y hace señas a matemáticos y teólogos, abre la puerta de los economistas y deja advertencias en las

ventanas de los políticos; penetra en los vericuetos de las teorías jurídicas y sube a los salones de la diplomacia. Ascende a los monumentos y hace elegías a las modistas de París. En fin, anda hasta en las cocinas y las bodegas.

Otros dirán: Alfonso Reyes es un capitán que manda soldados a preguntarle secretos al mundo y tiene bajo sus órdenes a mariscales de la prosa haciendo libros y mariscales de la poesía iluminando palabras. Esconde a un ángel prisionero que le alumbraba misterios y mantiene preso a un demonio que le aconseja errores. Un capitán general que es también un dictador: no deja descansar a sus hombres y muchas veces les roba el sueño y les dobla la vigilia.

En todo caso, existe la dictadura de Alfonso Reyes. ¿Quién le iba a decir a don Porfirio Díaz que un hijo de Bernardo Reyes, aquel sobre cuya figura dejó caer celos ciegos y tardíos, iba a ser llamado dictador, y nada menos que en la Ciudadela? Alfonso Reyes es el dictador de las letras mexicanas y es también su caudillo; cada libro es una batalla. Sólo que es también el adversario mayor de su propia dictadura: cada nueva página suya, ¡y son tantas todavía!, es un mensaje a los jóvenes. Y quien a ellos se dirige, invita a la contradicción y enciende el anhelo de lograr obras mejores. Esto tiene de revolucionario.

No faltará, tampoco, quien diga: Alfonso Reyes es un monumento y en su bronce pone destellos el sol de la leyenda. Y alguno afirmará: es una montaña, un hecho de la naturaleza que siempre ha estado allí, ante nosotros y rodeado de nosotros.

¿Quién, si no, podría imaginar a la literatura mexicana sin Alfonso Reyes, como quién puede imaginar al Valle de México sin la sonrisa del Iztaccíhuatl?

Pero no, Alfonso Reyes es un hombre de este mundo; precisamente de este mundo, que es decir de este tiempo, de este tiempo en que, como él mismo dice, “el jardín humano se ve pisoteado por la locura”. América le ha dado los ríos de sus sangres y desde América pregunta al cielo y también a la tierra. México le proporciona el timbre de la voz, la densidad de la tinta y el leño para el fuego de la esperanza y la angustia; el universo le da el viento, las noches y los días. Y todos los hombres el cordial trabajo de entenderlos. Sus frases lo dicen: “Pueblo me soy y como buen americano, a falta de líneas patrimoniales me siento heredero universal... Mi casa es la tierra. Nunca me sentí profundamente extranjero en pueblo alguno... Soy hermano de muchos hombres y me hablo de tú con gente de varios países... La raíz profunda, inconsciente e involuntaria, está en mi ser americano”. Es posible que las épicas montañas de su regionmontano valle natal hayan contribuido a la elegancia de su palabra y que el sol vespertino de Monterrey, que pinta de morado el cerro de La Silla, le produjera el primer asombro ante los colores. Es un lugar común y acaso resulte aldeano, pero tal vez hace falta decirlo: si Alfonso Reyes no fuera mexicano, sería otro Alfonso Reyes. Por algo lleva la X en la frente.

Todavía sin ganar las últimas batallas de la adolescencia, esa “edad en que hay que suicidarse o redimirse, y de la que conservamos, para siempre, las lágrimas secas en las mejillas”, Alfonso Reyes cuenta ya entre los fundadores del Ateneo de la Juventud, los mismos que años antes empezaron a

reunirse en la redacción de *Savia Moderna* y se congregaron luego en el taller de Jesús T. Acevedo para dar vida a la Sociedad de Conferencias. El Ateneo de la Juventud nace a fines de 1909 y es uno de tantos anuncios de la Revolución mexicana. “Sentíamos —dice Pedro Henríquez Ureña— la opresión intelectual junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer.”

Los jóvenes del Ateneo acudieron a una cita de México. Alfonso Reyes venía de Monterrey, José Vasconcelos, nacido en Oaxaca, había recorrido el país desde las costas de Campeche hasta los muros ribereños de Piedras Negras; Antonio Caso, hijo de un ingeniero de caminos, salía de las filas de la clase media de la Ciudad de México; Martín Luis Guzmán, hijo de un oficial pobre, llegaba de una casa modesta; González Peña, de Jalisco; Julio Torri, de Saltillo, y el dominicano Pedro Henríquez Ureña había cruzado el mar para ligar su esfuerzo a la hazaña mexicana. Ninguno de ellos tenía por qué haber participado en la huelga de Cananea ni en la de Río Blanco; tampoco en el asalto de Las Vacas. Pero en las tareas intelectuales, su obra tenía puntos de contacto con el Partido Antirreeleccionista y hasta con el Partido Liberal Mexicano. Formaron un grupo de conspiradores y combatientes contra los cuarteles culturales del porfirismo y fueron uno de tantos batallones de la Revolución. Antonio Caso llamó una vez san Francisco I. Madero al mártir de 1913 y

en José Vasconcelos empezaba a encenderse la antorcha que enarboló durante muchos años. Todos contribuyeron al derrumbe del positivismo y cada uno dio su golpe al árbol de la dictadura.

Es empequeñecer a la Revolución mexicana privarla de lo que históricamente le corresponde y uno de sus torrentes iniciales, el que llegó a la Escuela Nacional Preparatoria, fue el que levantó al Ateneo de la Juventud. Es verdad: los treinta años de paz del porfirismo, una paz asentada sobre la sangre, el llanto y la miseria de las mayorías, permitieron la tranquilidad suficiente en las bibliotecas para que los jóvenes del Ateneo buscaran la sabiduría.

Es cierto: el silencio nocturno hizo posible que las lámparas de aquellos mozos permanecieran hasta que las apagaba la luz del día y ellos retiraban los ojos de los textos platónicos para volverlos, en descanso, hacia la claridad de la mañana. Pero sus almas estuvieron siempre en guerra contra los cementos de aquella paz. Si así no hubiera sido, no hubieran fundado, al triunfo de Madero, la Universidad Popular, ni habrían continuado su tarea en medio de todas las luchas civiles.

Los conservadores hicieron pacto con el silencio y no volvieron a hablar hasta muchos años después y otros se dedicaron al denuesto. El Ateneo, en cambio, dejó salir a algunos de los suyos a la guerra: Vasconcelos y Martín Luis Guzmán dejaron los libros y fueron a dar hasta el campo mismo de batalla. Sólo distraídos o necios pueden decir que la gente del Ateneo volvió la espalda a México para refugiarse en Grecia. ¿Desde cuándo las lecciones de Sócrates han servido para escapar o dimitir? Platón fue en sus manos instrumento de rebelión y, como en las grandes revoluciones, ellos hicieron



que la luz inextinguible del Ágora griega acompañara la de las teas insurrectas. Letra política, venida desde la misma polis, fue la que escribió la generación del Ateneo. Quien diga lo contrario ni entiende al Ateneo ni entiende la Revolución ni entiende la cultura ni entiende la política ni entiende a México ni entiende nada.

En ese grupo, Vasconcelos aparecía poseído por el anhelo de reconstruir el mundo; Antonio Caso, lo dijo él mismo, por el de contemplarlo; Henríquez Ureña por el de explicarlo; Alfonso Reyes por el de iluminarlo. Era el distinto camino de cada quien para la búsqueda del orden universal.

En esos años del Ateneo termina de escribir Alfonso Reyes los ensayos de su primer libro, *Cuestiones estéticas*, donde aparecen por vez primera algunos de los temas que han de acompañarlo a través de su ya largo camino: la tragedia griega, Góngora, Goethe, Mallarmé, la literatura mexicana, el lenguaje popular... Había dicho ya su conferencia sobre los *Poemas rústicos* de Manuel José Othón y publicó a poco el cuaderno con su ensayo sobre *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX*.

Tenía veintiún años y ya se advertían su penetración crítica, su inconfundible y tan americana orientación ética, su lucidez y esa suave, discreta gracia del lenguaje; por su tinta corrían ya los jugos clásicos y en el texto se difundía desde entonces la emoción convertida en claridad. Todavía algunas lágrimas adolescentes no se acaban de secar sobre las mejillas... En 1905 habían aparecido sus primeros poemas en un periódico de Monterrey, un grupo de tres sonetos bajo el nombre de “La duda”, tal vez la primera salida en letras de molde. Porque Alfonso Reyes dijo en verso sus palabras iniciales.

“Yo comencé escribiendo versos, he seguido escribiendo versos y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin: según va la vida al paso del alma, sin volver los ojos. Voy de prisa. La noche me aguarda y está inquieta.” También algunos cuentos y ensayos que publicaría muchos años después se acumulan por esa época entre sus papeles. Y cuadernos de notas, de apuntes y estudios que lo siguen y los llaman todavía y él acude porque no es de los que dejan malograrse las semillas o perder los avisos del mundo. Cada vez que Alfonso Reyes limpia su mesa, ha dicho Salvador Novo, se reúnen las páginas de un libro.

Poco después había de cerrarse un ciclo de su vida. La sangre de las luchas de México no lo perdonó. Penetró en su propia casa y dejó en corazón una huella dramática que nunca acabará de borrarse. Sombras leves y discretas de esa huella y de otras desventuras y aventuras de su alma aparecerán en varios de sus libros posteriores; uno de los más bellos, el poema dramático *Ifigenia cruel*, recoge, depurándolos, algunos ecos de las tormentas, la que lo envolvió y la que se desató en su interior.

Vienen los primeros días de París que luego había de recordar en una página de *El cazador*: “Mi imagen de París, con la moda de aquellos días, es cubista. Cierro los ojos y miro un París fragmentario, disperso en diminutos planos que no encajan unos en otros, como dividido y entrevisto por las cuatro patas de la torre Eiffel...” Sin querer, Alfonso Reyes estaba ofreciendo la imagen de su vasta obra futura: también el viajero que se lanza a caminar por la enorme ciudad de sus libros, hace un alto en el primer tiempo, entrecierra los ojos, y la obra de Alfonso Reyes le parece algo disperso en planos

distintos que no encajan unos en otros: el plano ateniense y el plano alejandrino, el plano de Gón-gora y el plano de Goethe, el plano de América y el plano de México, la perspectiva de Descartes y la perspectiva de Toynbee, las luces de los poemas, los relámpagos del cine, el fulgor de los lagos...

Hay que hacer el recorrido completo y asomarse a un balcón del mundo para percibir la humana unidad de la obra, cabal y organizada como una vida que deja señales de su paso con palabras. “¡Cuántos pasos! —dice Alfonso Reyes de sus días en París— ¡Cuántos pasos, dimos, solitarios! ¡Cuántos sueños y anhelos!, y el propósito de vivir cada vez mejor y más plenamente.”

Y llegan los años largos de Madrid. Duros y fecundos, conquistadores y luminosos, tanto, que vuelve a descubrir América dentro de su mente. Lleva a México adentro y siente que lo quema a fuego lento. Es cuando sus páginas “están hechas a medianoche, rodando —solo—por las posadas de Madrid, sin saber a lo que había venido y bajo el recuerdo de las cosas lejanas”. Es la época cuando el estilo de Alfonso Reyes pasa por la lumbre definitiva: cambia sus palabras por el pan y el albergue. Vive de escribir; se hace periodista, ese oficio tan noble cuando la mano de quien lo ejerce es limpia y el corazón valiente. Y las páginas de *El Sol* y de la revista *España* recogen los testimonios que luego han de formar los cinco libros de la serie *Simpatías y diferencias*, es más, inaugura una modalidad en la profesión periodística: Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán, bajo el seudónimo de Fósforo, inician en castellano la crítica cinematográfica.

Pasan seis años sin publicar un libro, pero la obra va reuniéndose en los cajones del escritorio,

páginas y más páginas. En 1917 publica tres libros: *El suicida*, seductor conjunto de ensayos; *Cartones de Madrid*, cuadros a veces amargos, a veces sonrientes, lúcidos siempre y transidos de nostalgia, y la incomparable *Visión de Anáhuac*, levantada con diáfanos ladrillos que son cápsulas de luz. Vienen luego *El cazador*, en algunas de cuyas páginas tiembla el poeta bajo la prosa tersa y de fulgores tenues, y los cinco tomos de *Simpatías y diferencias*, ventanas abiertas a todos los caminos de la curiosidad.

Ha publicado su primer libro de poemas, *Huellas*, editado de forma tan infame que sus amigos dicen: Alfonso Reyes ha publicado un libro de erratas con algunos poemas. Después otro de los diamantes: la *Ifigenia cruel*. Estamos en 1924 y desde aquí el bibliógrafo de Alfonso Reyes empieza a padecer: la obra se acumula, crece y las ramas brotan por todas partes.

Pero ya entonces ha cerrado otro círculo de su vida. Comienza el diplomático. Hay un rápido viaje a México en 1924, después de trece años de ausencia; tres años más en París, donde publica *Pausa*, su segundo libro de poesía y un cuaderno en francés sobre la evolución de México. Las prensas madrileñas trabajan con sus *Cuestiones gongorinas*.

Otra vuelta a México en 1927. Sobre la mesa de noche de su cuarto en el hotel Ancira de Monterrey estaban entonces las *Conversaciones con Goethe*. Íbamos a verlo los estudiantes que ya le llamábamos maestro. Viene la época sudamericana: Buenos Aires y Río de Janeiro. Los libros siguen acumulándose y ya la nómina se hace larguísima; publica primero en Argentina y luego en Brasil su correo literario con el nombre de su ciudad natal, Monterrey, y un dibujo del cerro de La Silla en el indicador.

Crece la obra poética, se enriquece la obra de investigación y de crítica literaria; las notas sobre la cultura americana y sobre las letras de México se suceden copiosamente; acude a la cita del centenario de Goethe, escribe páginas políticas, *La Atenea política* y *A vuelta de correo*. Otro viaje a México. El escritor le ha hecho lugar al diplomático y Alfonso Reyes cumple con exceso, decoro y fulgor la misión mexicana en todos los sitios; pero el diplomático no ha vencido, mutilado ni cansado al escritor.

Escribe con el brazo derecho y cumple los deberes del servicio exterior con la mano izquierda, la clásica manera de hacerlo. Pero es la suya una diplomacia nueva y viva, buscando, como él mismo dice, la respiración internacional de México. Entonces México hacía diplomacia en América. Y de la buena.

Otro ciclo se cumple. El diplomático cuelga la casaca. Alfonso Reyes regresa a México y por fin, “aunque sea más por abandono que por premio”, se ve dichosamente recluso en su oficio privado. Se inicia la época de la Capilla Alfonsina, la de los frutos dorados, la más fecunda. Alfonso Reyes vive al fin entre sus libros y sus notas, recogidos a través de un largo viaje de veinticinco años. Y entre su amada transparencia del valle mexicano. Aquí lo dejamos. ¿Quién puede decir sobre Alfonso Reyes la última palabra?

Dejémoslo aquí y no importunemos su trabajo: he ahí sus obras maestras: *El deslinde*, *La crítica en la edad ateniense*, *La antigua retórica*, *la Junta de sombras*, *La experiencia literaria*. He aquí el primer capítulo de sus recuerdos cuya edición tiene la tinta fresca todavía. Pero no olvidemos que Alfonso Reyes, tan sabio, volvió a su patria en son de guerra. Todavía

con las maletas de regreso en la mano libró una batalla por la libertad de España y la sigue librando por la libertad del hombre. “Pueblo me soy”, acaba de recordar.

Tiene cincuenta años de escribir y la pluma no ha fatigado su mano. “El arte de la expresión no me apareció como un oficio retórico, independiente de la conducta, sino como un medio para realizar plenamente el sentido humano.” “Acuérdate de vivir”, advierte con la frase de Goethe en el epígrafe de su penúltimo libro.

Y sigue cumpliendo con su promesa de 1915: “No renunciaremos a ningún objeto de belleza, engendradora de eternos goces”.

José Alvarado, *Tiempo guardado*,  
Sepsetentas, 1976, 49-58 pp.



# La “inteligencia” mexicana

(...) Un nuevo elemento de estímulo es la presencia de Alfonso Reyes. Su obra, que ahora podemos empezar a contemplar en sus verdaderas dimensiones, es una invitación al rigor y a la coherencia. El clasicismo de Reyes, equidistante del academismo de Ramírez y del romanticismo de Sierra, no parte de las formas ya hechas. En lugar de ser mera imitación o adaptación de formas universales es un clasicismo que se busca y se modela a sí mismo, espejo y fuente, simultáneamente, en los que el hombre se reconoce, sí, pero también se sobrepasa.

Reyes es un hombre para quien la literatura es algo más que una vocación o un destino: una religión. Escritor cabal para quien el lenguaje es todo lo que puede ser el lenguaje: sonido y signo, trazo inanimado y magia, organismo de relojería y ser vivo. Poeta, crítico y ensayista, es el Literato: el minero, el artífice, el peón, el jardinero, el amante y el sacerdote de las palabras. Su obra es historia y poesía, reflexión y creación. Si Reyes es un grupo de escritores, su obra es una Literatura. ¿Lección de forma? No, lección de expresión. En un mundo de retóricos elocuentes o de reconcentrados silencio-



sos, Reyes nos advierte de los peligros y de las responsabilidades del lenguaje. Se le acusa de no habernos dado una filosofía o una orientación. Aparte de que quienes lo acusan olvidan buena parte de sus escritos, destinados a esclarecer muchas situaciones que la historia de América nos plantea, me parece que la importancia de Reyes reside sobre todo en que leerlo es una lección de claridad y transparencia. Al enseñarnos a decir, nos enseña a pensar. De ahí la importancia de sus reflexiones sobre la inteligencia americana y sobre las responsabilidades del intelectual y del escritor de nuestro tiempo.

El primer deber del escritor, nos dice, estriba en su fidelidad al lenguaje. El escritor es un hombre que no tiene más instrumento que las palabras. A diferencia de los útiles del artesano, del pintor y del músico, las palabras están henchidas de significaciones ambiguas y hasta contrarias. Usarlas quiere decir esclarecerlas, purificarlas, hacerlas de verdad instrumentos de nuestro pensar y no máscaras o aproximaciones. Escribir implica una profesión de fe y una actitud que trasciende al retórico; las raíces de las palabras se confunden con las de la moral: la crítica del lenguaje es una crítica histórica y moral. Todo estilo es algo más que una manera de hablar: es una manera de pensar y, por lo tanto, un juicio implícito o explícito sobre la realidad que nos circunda. Entre el lenguaje, ser por naturaleza social, y el escritor, que sólo engendra en la soledad, se establece así una relación muy extraña: gracias al escritor el lenguaje amorfo, horizontal, se yergue e individualiza; gracias al lenguaje, el escritor moderno, rotas las otras vías de comunicación con su pueblo y su tiempo, participa en la vida de la ciudad.

De la obra de Alfonso Reyes se puede extraer no sólo una Crítica sino una Filosofía y una Ética del lenguaje. Por tal razón no es un azar que, al mismo tiempo que defiende la transparencia del vocablo y la universalidad de su significado, predique una misión. Pues aparte de esa radical fidelidad al lenguaje que define a todo escritor, el mexicano tiene algunos deberes específicos. El primero de todos consiste en expresar lo nuestro. O para emplear las palabras de Reyes “buscar el alma nacional”. Tarea ardua y extrema pues usamos un lenguaje hecho y que no hemos creado para revelar a una sociedad balbuciente y a un hombre enmarañado. No tenemos más remedio que usar de un idioma que ha sufrido ya las experiencias de Góngora y Quevedo, de Cervantes y san Juan, para expresar a un hombre que no acaba de ser y que no se conoce a sí mismo. Escribir equivale a deshacer el español y a recrearlo para que se vuelva mexicano sin dejar de ser español. Nuestra fidelidad al lenguaje, en suma, implica fidelidad a nuestro pueblo y fidelidad a una tradición que no es nuestra totalmente sino por un acto de violencia intelectual. En la escritura de Reyes viven los dos términos de este extremo deber. Por eso, en sus mejores momentos, su obra consiste en la invención de un lenguaje y de una forma universales y capaces de contener, sin ahogarlos y sin desgarrarse, todos nuestros inexpressados conflictos.

Reyes se enfrenta al lenguaje como problema artístico y ético. Su obra no es un modelo o una lección sino un estímulo. Por eso nuestra actitud ante el lenguaje no puede ser diversa a la de nuestros predecesores: también a nosotros, y más radicalmente que a ellos, puesto que tenemos menos

ilusiones en unas ideas que la cultura occidental  
soñó eternas, la vida y la historia de nuestro pueblo  
se nos presentan como una voluntad que se empeña  
en crear la Forma que la exprese y que, sin traicio-  
narla, la trascienda. (...)

Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, 176-179 pp.  
Colección Popular, FCE, México, 2004.

# Un hombre de letras

**L**eyendo unas cuantas páginas un día, y otro también, al cabo de un puñado de años he terminado veintitrés tomos de las obras completas de Alfonso Reyes (1889-1959) publicadas por el Fondo de Cultura Económica. Ni en España ni en América Latina hay ya polígrafos de esa envergadura. Como Ortega y Gasset, Pedro Henríquez Ureña o Francisco García Calderón (que prologó su primer libro, *Cuestiones estéticas*, 1911), Alfonso Reyes intentó leerlo todo y escribió sobre todo, poseído, a lo largo de una vida intensa, viajera, diplomática, académica, periodista y social, de una pasión por la cultura y un espíritu generoso que imprimieron a todos sus escritos una fisonomía inconfundible de elegancia y sana humanidad.

Escribía con tanto gusto y con una prosa tan limpia que volvía amenas sus eruditas investigaciones sobre Góngora o Sófocles y, viceversa, lograba dar una aureola de importante seriedad a la notita frívola de circunstancias o a los lugares comunes de una alocución burocrática. Era un hombre absolutamente universal, sin orejeras nacionalistas, que se apasionaba por igual por las costumbres y las letras

de su patria mejicana, como por un comediógrafo del Siglo de Oro español o la literatura y la filosofía clásicas de Grecia, un país donde, según una leyenda sin duda falsa, nunca puso los pies.

La palabra diletante tiene resonancias negativas, sugiere a un picaflor superficial y esnob. Pero Alfonso Reyes la dignificó y elevó a la categoría de mariposeo estético de alta calidad, un apetito de saber, universal e incontenible, que lleva a quien lo padece a interesarse por todos los temas, épocas, culturas, y a leer y escribir sobre ellos sin convertirse en un especialista aunque siendo, en todos los casos, algo más que un beato epígono. Alfonso Reyes pudo ocuparse de Goethe, de la historia política europea del siglo XIX, de los codicilos mayas, de la teoría de la relatividad, de las jitanjáforas y de cien asuntos más, arreglándoselas siempre para instruir, seducir y divertir. Era un "hombre de letras", especie ya extinguida, con una visión tan amable y entretenida de la cultura y de la vida que en nuestro tiempo resulta casi irreal. Varios tomos de recopilación de sus artículos y ensayos aparecieron bajo el bonito título de *Simpatías y diferencias*. Podía haberse ahorrado la segunda opción, porque, una vez que pasaba por su sensibilidad bondadosa, su risueña inteligencia y su palabra sabrosa, todo, hasta lo más abstruso y repelente, se volvía simpático, digno de ser leído y atendido.

Sus grandes libros orgánicos, en los que invirtió tiempo y arduo trabajo, como *El deslinde* y *La crítica en la edad ateniense*, me parecen más precederos que aquellos, aparentemente efímeros, en los que practicaba el "arte de la viñeta" en que fue maestro consumado. Aunque llevó a cabo algunos importantísimos trabajos de investigación, como sus estudios

pioneros sobre Góngora y Juan Ruiz de Alarcón, me parece que era mejor divulgador y comentarista que erudito. En sus trabajos de rastreo académico sobre el teatro, la religión, la mitología y la crítica en Grecia se dispersaba a veces en una catalogación mecánica de datos sin llegar a síntesis iluminadoras o a grandes derroteros generales. En cambio, como diletante o periodista que roza sin profundizar es espléndido: contagia felicidad, hace reír y sonreír, es culto y jamás pedante, siempre ameno. Y nadie mostró mejor, de una manera tan directa, que la buena literatura es un placer incomparable. En *Los trabajos y los días* o *Simpatías y diferencias*, por ejemplo, donde a los ensayos cuidados se mezclan textos rápidos, notas de lecturas, apuntes de viaje, ocurrencias, evocaciones de amigos o lugares, está el mejor Reyes, y leerlo es una verdadera delicia. Borges escribió de él que era "el más fino estilista de la prosa española de nuestro siglo" y, si exageró, fue muy poco. Pues era un prosista excepcional, de respiración amplia y armoniosa, fluido y diáfano, inteligente y con un formidable dominio del idioma que en sus manos se volvía maleable como una arcilla, irónico y risueño, afable y estimulante. Siempre hay en sus textos algo saludable y bonachón, un espíritu satisfecho de la vida y de las cosas que parece mágicamente inmunizado contra la desgracia, la frustración y la amargura, incapaz del odio y el rencor.

Como crítico de actualidad pecaba de ecléctico y de excesivamente benévolo; no quería ser severo con nadie y esa tolerancia parece a veces falta de discriminación crítica. Tuvo esa misma condescendencia con sus propios escritos, amparando en sus libros todo lo que escribió, incluso unas notitas de

circunstancias manufacturadas visiblemente por compromiso o para ganarse unos pesos, a sabiendas de que no durarían más que el tiempo de ser leídas. Pero, incluso esos textos olvidables son gratos de leer, porque nunca falta en ellos un epíteto sorprendente, una imagen o una música que halagan.

No es ofensivo, en absoluto, decir de él que no fue un gran creador, sino un gozoso lector y un eximio estilista cuyos libros son sobre todo el reflejo de las mejores lecturas, una transpiración de lo mejor que había producido el arte y la literatura, un enamorado de las ideas ajenas, que él sabía valorar, sintetizar, explicar y recrear mejor que nadie. Pero con toda su vasta cultura y su prosa delicada algo había en Alfonso Reyes del diplomático-escritor, del artista al que su dependencia con el poder castró a medias, impidió desbocarse, y desvió de la creación a la cortesanía literaria. Era un escritor bien educado, a quien, por temperamento y por responsabilidad profesional, resultaba imposible transgredir, ser chocante, un intelectual que se limó las uñas y los dientes, condenándose así a una limitada originalidad. Aunque respecto a ciertos asuntos jamás hizo la menor concesión –el nacionalismo cultural, por ejemplo, o la literatura patrioter–, produce cierto malestar que, en esos millares de páginas de sus obras completas, haya un respeto tan sostenido frente al poder –frente a todos los poderes–, una postura cívica que jamás entra en conflicto contra el establecimiento, que se niega empecinadamente a admitir siquiera que el mundo está mal hecho, que los gobiernos yerran y que los que mandan delinquen. Ese conformismo soterrado no atenúa la belleza de sus textos, pero les impide volar muy alto y, sobre todo, ladrar y morder.

Su poesía es agradable de leer, pero no hay en ella ni misterio ni locura ni visiones, aunque sí inteligencia, buen gusto y mucho oficio. Sin ese elemento espontáneo, desconcertante, que súbitamente parece romper los límites del conocimiento racional y ponernos en contacto con una intimidad desconocida hasta entonces en la vida, con relaciones insospechadas entre las cosas y los seres, abriéndonos las puertas de “otra” realidad, la poesía parece siempre quedarse a medio camino, aunque ella sea, como la de Alfonso Reyes, formalmente impecable. Era la poesía de un gran polígrafo, más que la de un gran poeta. Contra la opinión de algunos, *Ifigenia cruel*, además de irrepresentable, me parece una pieza recargada de retórica, sin gracia ni imaginación. Prefiero las bellas recreaciones que hizo de algunos cantos de la *Iliada* y los elegantes ejercicios de estilo que son los sonetos de “Homero en Cuernavaca”.

Dije al principio, y repito ahora, que ya no hay, por todo el amplio territorio de España y América Latina, escritores del calibre de Alfonso Reyes. Tenemos magníficos creadores, nuestras universidades cuentan con profesores eminentes, sin duda, grandes especialistas en algunas o acaso en todas las disciplinas, y en las revistas y diarios abundan los periodistas que dominan los buenos y malos secretos de su profesión. Pero lo que ha desaparecido es ese personaje puente que antaño conjugaba la academia con el diario, la sabiduría universitaria con la inteligibilidad del artículo o el ensayo que llega al lector común. Reyes —u Ortega y Gasset, Henríquez Ureña, Azorín, Francisco García Calderón— fue exactamente eso. Y, por eso, gracias a escritores como ellos la cultura mantuvo una cierta unidad y contaminó a un amplio sector del público profano,



ése que hoy ha dado la espalda a los libros y a las ideas y se ha refugiado en las adormecedoras imágenes. Como Reyes, todos los autores arriba citados y muchos otros de su generación escribieron buena o la mayor parte de su obra en los periódicos, sin renunciar por ello al rigor, a la autocrítica, y sin ceder al facilismo y a la banalidad.

En nuestro tiempo, los escritores y los académicos se mantienen por lo general confinados en sus dominios reservados, y los periodistas en el suyo, y la cultura se ha vuelto también una especialidad, que el profano mira de lejos, con desconfianza, sin saber muy bien qué es ni para qué sirve. Vale la pena leer de cuando en cuando a Alfonso Reyes para refrescar la memoria. Y aprender cómo una buena poesía, una novela, un libro de historia, una función de teatro, una excavación arqueológica, un sistema de ideas, pueden de pronto levantarnos en vilo y maravillarnos, descubriarnos una intensidad de sentimientos y emociones o unos apetitos sensuales de los que ignorábamos estar dotados, y enriquecer la vida que nos rodea. A lo mejor no es cierto, pero qué nos importa, si leyendo cualquier página de Alfonso Reyes sentimos que la literatura, la cultura, son lo mejor de la vida, que gracias a ellas ésta se convierte en un interminable festín.

Mario Vargas Llosa, *El País*, suplemento  
“Babelia”, 20 de febrero de 2005.

(...) Más que el propio Vasconcelos, es el ejemplo del maestro platónico, de ahí nace su amor a Grecia, en el sentido profundo de la *paideia* griega.

Entre otras cosas que hizo por mí, don Alfonso me concedió una beca para que yo ingresara, sin ser universitario ni académico, a El Colegio de México. Antes de entrar a esa institución lo visité, en compañía de Ernesto Mejía Sánchez, en una oficina que tenía don Alfonso en la calle de Sevilla, que creo fue el primer domicilio que tuvo el Colegio. El caso es que durante esa visita el teléfono de don Alfonso sonó varias veces, él interrumpía la conversación y contestaba de manera extraña. Ernesto y yo estábamos intrigados, hasta que en un momento dado don Alfonso nos dio una explicación. Nos contó nada menos que antes que él ocupara esa casa habían vivido allí unas damas de la vida alegre por las que le preguntaban todos los días. Estaba fastidiado, pero también divertido.

Por esas fechas Ernesto, que fue uno de sus discípulos más destacados, escribió un falso palíndromo que circuló entre los becarios del Colegio que

decía: “Don Alfonso no ve el Novel famoso”. hacía alusión al hecho real que don Alfonso fue el primer escritor mexicano a quien en más de una oportunidad se le mencionó como candidato a recibir ese premio.

En esta época me atribuyeron a mí la frase: “En tierra de ciegos el tuerto es Reyes”, creo que su autor fue Manuel Mejía Valera. A mí me preocupó que se me mencionara y que don Alfonso fuera a creer que yo había dicho esa frase a propósito de él. La verdad es que todos los días se le ocurría algo nuevo a alguien pues la mayoría de nosotros nos dedicábamos a escribir.

Desde que José Luis Martínez me presentó a don Alfonso en 1945, lo único que recibí de él fueron atenciones y ayudas reales, como la beca en El Colegio de México, así como la carta de recomendación con la que me apadrinó ante la embajada francesa para que me dieran la beca de teatro.

Conservo un telegrama que me envió don Alfonso cuando apareció la edición conjunta de *Confabulario* y *Varia invención*, en el que me escribió el mayor elogio que me han hecho como escritor: “No me canso de mirarme en su espejo”.

Entre los incidentes extraños que me han ocurrido en la vida recuerdo uno en que si no es por la oportuna ayuda de don Alfonso hubiera ido a la cárcel. Un sábado al mediodía, sin conducir yo un automóvil, provoqué que chocaran dos taxis en pleno Paseo de la Reforma. Yo iba de pasajero en uno de ellos y abrí de manera imprudente la portezuela sin ver que al lado de nosotros se acercaba otro automóvil, el cual se impactó contra la puerta que abrí; afortunadamente no me pasó nada, pero los dos automóviles quedaron maltratados. Ante la

difícil situación de ir a la comisaría en calidad de detenido, convencí a todas las partes de ir a casa de don Alfonso Reyes, propuesta que los taxistas aceptaron para no perder su dinero. Por fortuna encontré a don Alfonso en su casa. Estaba en la parte alta de su biblioteca, en la calle Benjamín Hill. En una esquina del salón, junto a la ventana, tenía su escritorio. Me vio la cara de asustado y me preguntó qué me pasaba. Cariacotenido como estaba, le expliqué lo mejor que pude el accidente. Y él, un poco en broma, me dijo: “Mejor invente otra cosa, don Juan José. Usted no tiene automóvil. ¿Cómo es que chocó dos?, si ni siquiera usted maneja”. Yo le contesté: “Asómese usted a la ventana para que vea desde ahí los automóviles dañados y a los choferes”. Don Alfonso se asomó a la ventan y expresó:” Le voy a hacer un cheque para que lo cobren el lunes, usted no se preocupe, si puede me paga y si no puede no me paga”. Como siempre, salí de su casa reconfortado y feliz de no haber tenido que pasarme unos días detenido en la cárcel.

Por los años de 54, 55, me invitaron a hablar en un programa de radio de la Hora Nacional, en el que se hizo un homenaje a don Alfonso Reyes. Hablé con entusiasmo de su obra, de su poesía, de sus mocedades, pero sobre todo de la labor tan importante que estaba realizando al frente de una nueva institución humanista: El Colegio de México. Don Alfonso quedó tan complacido y conmovido por mis palabras que a partir de ese día me trató como si yo fuera su hijo; más que un maestro, él se convirtió en un padre para mí.

Recuerdo que un día que yo estaba agobiado por problemas sentimentales y le estaba contando mis cuitas, me dijo una frase terrible:” Yo no quiero que

su vida de escritor acabe entre las piernas de las mujeres”.

Don Alfonso sabía que en esos momentos yo vivía un drama amoroso que estaba acabando no sólo con mi oficio de escritor, sino conmigo y con mi familia. Ese día me dijo palabras muy duras, pero al final, para consolarme, me reveló uno de sus secretos, me dio la receta de un conjuro que servía para olvidar a una mujer, pero me advirtió que éste sólo se podía hacer una vez en la vida y que no surtiría efecto si lo intentaba más de una ocasión. Me esperé algunos años hasta que un día, decidido a acabar con el recuerdo de una mujer, tomé un papel y pluma y me puse a hacer el conjuro, y sólo así logré sacar de mi cabeza a esa mujer que yo llevaba dentro del alma.

*El último juglar. Memorias de Juan José Arreola.*

(...) Reyes escribió poesía desde los once años y fue fiel, a todo lo largo de su fecunda vida, a este género que no abandonó nunca a pesar de sus múltiples y diversas tareas literarias. Aparte de los versos inspirados por sus preferencias griegas, el resto, con excepciones, son saludos, juegos, monólogos, pláticas y confesiones teñidas de discreción y finura en las que se advierte una sensibilidad que prefiere el “íntimo decoro” al arrebató o al fuego. Como en todo lo impreso en que puso su mano Reyes, en su poesía aletea por doquiera una sonrisa, optimismo, en lo que se diferencia de la mayoría de los poetas mexicanos. Parece, en gran parte, que la poesía era para Reyes un como ejercicio alegre, ingenioso, un medio más de vivir y respirar, de saludar a sus amigos, de dar salida a un recuerdo o dibujarlo: de hacer consonantes su erudición o su sabiduría lingüística. En la técnica se halla más a gusto en los moldes clásicos, especialmente el romance, en el que, para nuestra opinión, logra su mejor poesía. *Constancia poética* presenta, de lleno, una de las facetas de quien fue excepcional humanista. Es, de seguro, el mejor testimonio para adivi-

nar cómo era, más que el escritor, el hombre que la escribió.

Como ensayista Alfonso Reyes alcanza fecundas exploraciones. Indaga el alcance de algunos clásicos y modernos españoles y, como su mirada atenta y sabia sabe valorar perspectivas, nos sitúa como precisos objetivos a Góngora, a Quevedo, al Arcipreste de Hita, a Lope, a Gracián y a otros en función de su tiempo y en justa proyección sobre el nuestro. Reyes es hombre, en esas arduas investigaciones, dueño de un estilo no sólo de expresión sino para el sistema. Nos parece un arquitecto que desbroza el terreno, que hace la cimentación más firme y eleva luego, en vertical armonía, sólida construcción ante la que no queda más que admirarse y recrearse porque en ese bloque macizo aletea además una limpia, cordial gracia.

Edmundo Valadés en *Edmundo Valadés*  
*tiene permiso* de Omar Raúl Martínez,  
Instituto Sonorense de Cultura, 2001, 104-105 pp.

**A**lfonso Reyes fue muy bueno conmigo. Yo no era nadie, un desconocido, y sin embargo me invitaba a comer todos los domingos en la embajada de México. Estaban don Alfonso, su mujer, su hijo y yo. Hablábamos de literatura hasta la una de la madrugada.

Jorge Luis Borges. Revista *Ambiente*.  
Buenos Aires, 1984.





## (...) ¿Qué opina de Alfonso Reyes?

**C**reo que no me equivoco cuando declaro que la prosa de Reyes es superior a la del escritor español que se desee comparar con él. Si algo caracterizó siempre a Alfonso Reyes fue su marcado buen gusto y elegancia que le impedía caer en cuestiones cursis y pedantes, como en las que cayó Ortega y Gasset.

Lo hermoso de la obra de Reyes es su gracia, su sutileza, una manera de decir sus cosas de suerte que uno no alcanzaba a darse cuenta de que las estaba diciendo. No caía jamás en cuestiones de bromas y anécdotas insulsas, que fue el gran error de Ortega, quien había asimilado la tarea de intercalar bromas en sus escritos, tal como si estuviese tratando de ser grato a sus alumnos de universidad.

Los recuerdos que tengo de Alfonso Reyes son espléndidos, porque conocí a Reyes cuando aún era hijo de Leonor Acevedo, la esposa del profesor Borges. En ese tiempo yo no tenía existencia independiente, pero Reyes tuvo la gentileza de considerarme una persona aislada, individual, sin tomar en cuenta mi parentesco o mis relaciones. Siempre lo recuerdo en su capacidad de encontrar una cita que servía ante cualquier conflic-

to personal de uno. Siempre me viene a la memoria cuando hablamos acerca de Othón, el poeta mexicano que había ido a la casa del general Reyes –que se hizo matar por lo de Porfirio Díaz– y del cual yo sabía muchos versos de memoria.

Cuando Reyes me contó que lo había conocido personalmente yo no pude dejar de exclamar un: “¡Cómo!, ¿usted conoció a Othón?”, a lo que Reyes respondió con un verso de Browning que decía: “Ah, did you see Shelley plain”. Era un hombre privilegiado en el arte de encontrar citas de inmediato.

Se caracterizaba por una generosidad que sólo he podido encontrar reflejada en hombres como Güiraldes. Cuando yo le entregaba un poema que apenas era un primer borrador para otros borradores, en el que apenas había logrado decir nada, él lo adivinaba y me orientaba en lo que estaba tratando de decir, porque sabía que era mi inexperiencia en las letras lo que bloqueaba mi capacidad de decir lo que pensaba.

Cuando publicó su colección Cuadernos del Plata tuvo la amabilidad de considerar mi libro *Cuaderno San Martín*. Él era embajador de México y en cada país que visitaba se hacía de algún amigo que ya era un escritor reconocido, pero no por ello desechaba la posibilidad de comunicarse con los muchachos que recién empezaban a escribir. Era una costumbre el que invitara los días domingo a cenar en la embajada de México. Yo le presté un libro que había escrito Bertrand Russell acerca de filosofía de las matemáticas y aún conservo con mucho cariño dicho libro, con algunas notas al margen escritas con la mano de Reyes.

*En voz de Borges*, Waldemar Verdugo-Fuentes, 1986.

(...) Bueno, yo quise que se iniciara una candidatura para que le dieran el premio a Reyes. Pero el nacionalismo, nuestro miserable nacionalismo, se opuso. La gente no quería firmar un pedido de Premio Nobel para un mexicano. De modo que en Buenos Aires nos encontramos Adolfo Bioy Casares, Silvina Ocampo, Victoria Ocampo y yo. Nadie más quería firmar el pedido. En el Uruguay prefirieron a Juana de Ibarbourou, Juana de América...Y luego ya, en Bolivia, ni siquiera hablar. Y en México tampoco lo querían a Reyes, porque no era debidamente azteca...

Además había traducido la *Iliada* y se lo veía como un cosmopolita, lo cual era, realmente, para honra suya, sí. De modo que fracasó esa campaña. Porque yo les dije: “Qué lindo sería que se pidiera el Premio Nobel empezando por el otro confín del continente, empezando por la República Argentina. Y luego subiendo hasta México. Eso tendría mucha fuerza”. Pero fuera de esos cuatro argentinos que he nombrado nadie quiso firmar el pedido. Porque aquí querían que el candidato fuera Ricardo Rojas.

*Borges el memorioso*, conversaciones con Antonio Carrizo,  
FCE, México, 1979, 78-79 pp.



## Alfonso Reyes, *El plano oblicuo*, Madrid, 1920

**E**n el grupo de nuestros buenos prosistas — Tablada, López, Orozco Muñoz, Torri, para no citar otros—, Alfonso Reyes representa lo que pudiéramos llamar el parpadeo fosfórico del estilo.

Su prosa es fosfórica en el sentido de la titilación cerebral y en el sentido de la emoción porque aun ésta se tiñe de colores intelectuales, casi siempre graciosos.

Mucho se ha hablado de las capacidades para la prosa en relación con la vocación para la poesía. Lo cierto es que no se puede suscribir una regla terminante. Si hemos tenido grandes poetas aptos para la prosa (Díaz Mirón, por ejemplo) en otros no ocurre igual.

Lo que sí parece comprobarse es que cuando el poeta sobresale por su disciplina netamente artística, su prosa descuella. Tal es el caso de Reyes, por más que lo prefiramos, en definitiva, fuera de la lírica.

Ni qué decir que su personalidad rebasa los límites de una nota volandera.

Para la joven generación es Alfonso Reyes un modelo de perspicacia, de ondulación, de seso y de lectura. Quizá con demasiada experiencia de los libros, en cuanto que ciertas fragancias juveniles se hallan amortiguadas en él.

El volumen al que nos referimos hoy, compuesto de prosas de años muy anteriores, exhibe, como sus libros más recientes, ese donaire intelectual a que aludíamos al principio; donaire tan vigoroso que se resuelve, a veces, en guarismos de razón pura.

Esta manera de desencarnar los tipos y las situaciones, extrayéndoles su ideología espectral y haciendo que la pasión misma se desenlace en muecas de filósofo, es una de las operaciones principales que ejecuta Reyes y la señal primera y concluyente de su fuerza.

También es su riesgo... Felizmente, el autor de *Cuestiones estéticas* atesora fibras vitales, malicia y numen que lo librarían de despistarse en vías discursivas.

Estamos seguros de que seguirá dándonos, como hasta aquí, el esqueleto de la idea y la emoción palpable, la vitrina en que sueñan las materias grises y el tallo en que respiran los cinco sentidos.

Nos lo fían así su virtud humana y su travesura que no cesa de pestañear.

Ramón López Velarde, *México Moderno*,  
1 de diciembre de 1920, año 1, número 5.

# Alfonso Reyes

**A**l fin, el público se convence de que Alfonso Reyes, ante todo, es poeta. Como poeta empiezan a nombrarlo las noticias casuales: buena señal. Buena y tranquilizadora para quienes largo tiempo defendimos entre alarmas la tesis en cuyo sostén el poeta nos dejaba voluntariamente inermes.

Cuando Alfonso Reyes surgió, hace veinte años en adolescencia precoz, luminosa y explosiva, se le aclamó poeta en generosos y fervorosos cenáculos juveniles. Estaba lleno de impulso lírico y sus versos, al saltar de sus labios con temblor de flechas, iban a clavarse en la memoria de los ávidos oyentes:

La imperativa sencillez del canto...  
Aquel país de las cigarras de oro,  
En donde son de mármol las montañas...

¡Amo la vida por la vida!...  
A mí, que donde piso siento la voz del suelo,  
¿qué me dices con tu silencio y tu oración?



Aquel momento feliz para la juventud mexicana — el momento de la revista *Savia Moderna*, de la Sociedad de Conferencias— pasó pronto. Con más brío, con mayor solidez, vendría el Ateneo (1909); la edad de ensueño y de inconciencia había terminado: el Ateneo vivió entre luchas y fue, en el orden de la inteligencia pura, el preludio de la gigantesca transformación que se iniciaba en México. La Revolución iba a llamar a todas las puertas y a marcar en la frente a todos los hombres; Alfonso Reyes, uno de los primeros, vio su hogar patricio, en la cima de la montaña, desmantelado por el huracán que nacía:

¡Ay casa mía grande, casa única!

El poeta ocultó su canción ante la tormenta. Canción es autobiografía; la suya iba toda en símbolo y cifra, y todavía tuvo empeño en esconderla. Después el guardarla se hizo hábito. Era:

cancioncita sorda, triste...  
a fruto de prohibición...  
canción de esclava que sabe

Toda en símbolo y cifra; rica en imágenes complejas, en figuras sutiles, con hermetismos de estirpe rancia o de invención novísima, pero transparente para la atención afectuosa. Canción cargada de resonancias sentimentales: mientras los ojos se van tras los iris del torrente lírico, el oído reconstruye con las resonancias la historia íntima, historia de

alma intensa en la emoción y en la pasión. Y así, en la “Fantasía del viaje” el asombro de los espectáculos nuevos (¡he visto el mar!) se funde con la tragedia de la casa paterna, del paisaje nativo que se ha quedado atrás, con sus fraguas de metal y sus campos polvorientos. Principia la odisea: bajo la máscara homérica suena el lamento de la despedida, la “Elegía de Ítaca”:

Ítaca y mis recuerdos, ay  
amigos, adiós!

Y el hombre que prueba el sabor salado del pan ajeno hace su camino entre ímpetus y desfallecimientos. Cayendo y levantando, acaba por confiarse a la vida:

Remo en borrasca,  
ala en huracán:  
la misma furia que me azota  
es la que me sostendrá.

Se hace dura la vida; pero en mitad de las tormentas sobrevienen días puros, días alcióneos, de cielo diáfano, de aire tibio, sin el rumor ni el ardor de la primavera:

Si a nuevas fiestas amanezco  
ahora,  
otras recuerdo con un llanto  
súbito...

Las lámparas del hogar nuevo, encendidas trabajosamente en tierra extraña, son por fin señales de paz, a cuya luz se descubre en la valerosa compañera “la vibración de plata —hebra purísima— de la primera cana” y se saborea la” voz de niño envuelta en aire” y el “claro beso impersonal” del hijo a los padres.

Después la vida le devuelve parte de los dones hurtados y le cumple triunfos prometidos; la resucitada juventud recobra la voz, ahora con resonancias nuevas: sobre las notas cálidas, de pecho de ave, domina el timbre metálico de la ironía, óxido de los años... Pero es ironía sin hieles, que persigue guiños y fantasías de las cosas en vez de flaquezas humanas; cabriola de ideas, danza del ingenio. Los ojos se regalan fiestas y viajes; las ciudades, reducidas a síntesis cubistas, desfilan en procesiones irreales: como a todo viajero de mirar intenso, se le encogen en signos mágicos con que se evoca el espíritu del lugar.

Con los años, todo poeta lírico, cargado de vida contradictoria, de emociones complejas, tiende a poeta dramático. En Alfonso Reyes, el drama ha llegado: su obra central, donde ha concentrado la esencia de su vida y de su arte, es un poema trágico: *Ifigenia cruel*.

En el instante que atravesamos, Grecia ha entrado en penumbra: no sabemos si para eclipse pasajero o para sombra definitiva. Excepciones ilustres (¡Santayana! ¡Paul Valéry!) las hay, y son raras. Pero en los tiempos en que descubríamos el mundo Alfonso Reyes y sus amigos, Grecia estaba en su apogeo: inunca brilló mejor!

Pedro Henríquez Ureña,  
*Ensayos mexicanos*, FCE.



# Ortega y Alfonso Reyes

(Una relación intelectual con América al fondo)

*Para José Ortega Spottorno, in memoriam.*

Cuando en 1992 publiqué en Ediciones de Cultura Hispánica una Antología de Alfonso Reyes, sin duda alguna la figura intelectual de México más relevante de la primera mitad del siglo XX, le envié un ejemplar a mi amigo José Ortega Spottorno, quien poco después me hizo llegar el libro que acababa de publicar, Historia probable de los Spottorno, con una dedicatoria en la que decía que era un “canje de Reyes por Spottorno”. No pasó mucho tiempo y un día me anunció que estaba dando vueltas al propósito de escribir otro libro, éste acerca de los Ortega, para cuya redacción estaba acopiando papeles y recuerdos. Meses después me dijo que, dado mi conocimiento de Alfonso Reyes, me agradecería le diese las citas y referencias relativas a la relación que el humanista mexicano había tenido con don José. Cumplí su encargo y de vez en cuando le preguntaba por la marcha del libro, cuando nos encontrábamos en las conferencias de Pedro Laín en los cursos que nuestro común y admirado amigo daba bajo los auspicios del Colegio Libre de Eméritos.

Pasó algún tiempo y una tarde me confesó que le preocupaba el estado de su salud y me habló de su deseo de terminar cuanto antes el libro sobre los Ortega. En una carrera contra el tiempo, me dijo que había preferido ceñirse a lo que estimaba esencial en la biografía de su padre, lo que le había llevado a cortar referencias no sustanciales. Y en efecto, en su excelente libro, aparecido con carácter póstumo en la primavera de 2002, sólo una vez figura el nombre de Alfonso Reyes.

Cuento todo esto porque pienso que quizá tenga interés reseñar en qué consistieron las relaciones entre los dos excelentes escritores. Son tantas y de tanto interés las referencias del mexicano hacia el autor de *La rebelión de las masas*, que creo no resulta superfluo el empeño de dar cuenta de ellas.

Alfonso Reyes llegó a Madrid a finales del año 1914, tras haber cesado en el puesto diplomático que desempeñaba en París desde mediados del año anterior, para el que había sido nombrado por el Gobierno mexicano, tras la muerte violenta, el 9 de febrero de 1913, en plena confusión revolucionaria, de su padre, el general Bernardo Reyes, con ocasión de una acción militar de asalto al Palacio Nacional contra el presidente Madero.

Sin medios de fortuna, los primeros tiempos de Reyes en Madrid, al principio solo y enseguida con su esposa e hijo, fueron muy difíciles. Vivía tan al día que una mañana, sin un céntimo, salió a buscar fortuna, “sin duda esperando que algún pájaro del Señor me trajera la media torta como a san Antonio. Crucé el tercer patio, el segundo patio, el primer patio... y al pasar frente al cuarto de los porteros, éstos me entregaron una tarjeta... La tarjeta era de don Luis Ruiz Contreras (a quien había conocido

en una cena en casa de Mme. Carcassone). Fui a verlo”. Y Ruiz Contreras le encarga la traducción de una historia de la guerra europea. Y, con insólita generosidad de editor, le dice: “Viene el invierno y usted necesita calentarse: aquí está el pago adelantado”.

Poco a poco Reyes fue entrando en la vida literaria y cultural de Madrid. Comenzó a frecuentar el Ateneo, del que entonces era secretario Manuel Azaña, y a iniciar su amistad con Díez-Canedo, Pedro Salinas, Moreno Villa... Fue Díez-Canedo quien lo presentó en la editorial La Lectura, y allí conoció a Juan Ramón Jiménez,

Comienzan los encargos: en La Lectura le encomiendan la preparación de un volumen con el teatro de Ruiz de Alarcón, y Saturnino Calleja, hasta entonces editor de los famosos cuentos infantiles, le pide prólogos y notas críticas para el *Libro de buen amor*, para Quevedo, para Lope, para Baltasar Gracián...

Por entonces, “la noble amistad de José Ortega y Gasset me valió desde el primer momento, asociándome primero al semanario *España*, después a *El Imparcial* y finalmente a *El Sol*”, escribió Reyes en el prólogo a su libro *Visperas de España*. Y cuando Ortega funda la *Revista de Occidente* también requiere la colaboración de Reyes, que publica en el primer número, que apareció en julio de 1923, un artículo acerca del poeta José de Espronceda.

En el semanario *España*, con su compatriota Martín Luis Guzmán —y bajo el seudónimo compartido de Fósforo— Reyes publicó notas sobre el cinematógrafo, tarea en la que les había precedido el filólogo Federico de Onís.



En *El Imparcial* —animado por Ortega, que le dijo: “El secreto de la perfección está en emprender obras algo inferiores a nuestras capacidades”— escribió una serie de crónicas cinematográficas, iniciadas el 1 de junio de 1916. Su relación con Ortega se afirma cuando, tres años más tarde, éste le encarga que dirija y escriba en la página que los jueves publicaba el diario *El Sol*, dedicada a historia y geografía, para lo que Reyes pidió la colaboración de Juan Dantín Cereceda para los asuntos geográficos.

Buena parte de los extensos artículos publicados, desde 1918 a 1920, en las páginas de *El Sol*, los recogería Reyes en sus libros *Simpatías y diferencias*, *Historia de un siglo* y *Las mesas de plomo*. Precisamente en la cuarta serie de *Simpatías y diferencias* reunió Reyes tres apuntes sobre Ortega y Gasset: el primero fechado en 1916, el siguiente en 1917 y el tercero en 1922. El primero arranca con una afirmación definitoria: “José Ortega y Gasset se destaca entre la juventud española con un ademán de paladín. Aplicando a la crítica literaria el tono patético de la historia, pudiéramos decir que es el héroe”. Y a renglón seguido un largo y explicativo párrafo: “En él, como en muchos, hay una bifurcación interior, más o menos inconfesa o reconocida, y comparte su actividad entre dos vocaciones: la oficial y la personal, para decirlo de algún modo. ¿La oficial? Él es catedrático de Filosofía en la Universidad Central, y dirige una sección de investigaciones en el Centro de Estudios Históricos. ¿La personal? La personal es la literatura. ¿Tengo que añadir que, sin pretender restar nada a su palmaria capacidad de filósofo, estoy, contra la afición oficial, por la personal? Os diré por qué: si como literato Ortega y Gasset ve las cosas humanas bajo especies cálidas y concretas, y

las expresa con un ánimo de belleza, como filósofo quisiera ceñir su conducta intelectual dentro de una sola tendencia, coordinarla con su conducta práctica y construir, a través de la palabra, algo como un nuevo ideal de España, cuya última manifestación tendría que ser la obra de reforma política”.

Un año después, y en el segundo apunte, comentaba Reyes el viaje que Ortega había hecho el año anterior a la Argentina y escribe que podemos decir, con una sonrisa, que José Ortega y Gasset descubrió a América. La descubrió, en efecto, para sí mismo. América ha logrado así una envidiable conquista y ha sellado un pacto de alianza con una de las voluntades más limpias y claras de que se honra la España joven. Agradecemos esa frase de cordial humorismo con que acaba el prólogo: “En las páginas de *El Espectador* no se pone el sol”.

En otro texto publicado en *La Pluma* en enero de 1923 insiste: “Ortega y Gasset trae de América un secreto de fantasía renovada semejante al de Fausto”. Y en más de una ocasión Reyes contó que Ortega, después de ese primer viaje a la Argentina, le había confesado que le agradecería ser apodado Ortega, el Americano, como se dijo en la Antigüedad Escipión, el Africano.

Pero hay un texto de Ortega que llamó la atención de Reyes una y otra vez. Es un texto publicado en 1915 en las páginas del semanario *España* y en el que afirmaba: “Es América el mayor deber y el mayor honor que queda en nuestra vida. ¡España, España es el único pueblo europeo que no tiene una política de América! ¿Cómo es esto posible? No queda a nuestra raza otra salida por el camino real de la Historia, si no es América”.

Reyes recordó más de una vez esta cita, pero fue en su respuesta a una encuesta de *El Tiempo* (Madrid, 8 de marzo de 1921) cuando su glosa adquirió mayor hondura y gravedad: “Me complazco en repetir las hermosas palabras de Ortega y Gasset: ‘América representa el mayor deber y el mayor honor de España’. Fuerza es que los pueblos tengan ideales o los inventen. Así como América no descubrirá plenamente el sentido de su vida en tanto no rehaga, pieza a pieza, su ‘conciencia española’, así España no tiene mejor empresa en el mundo que reasumir su papel de hermana mayor de las Américas. A manera de ejercicios espirituales, al americano debiera imponerse la meditación metódica de las cosas de España, y al español la de las cosas de América. En las escuelas y en los periódicos debiera recordarse constantemente a los americanos el deber de pensar en España; a los españoles, el de pensar en América”.

En las hojas diarias leeríamos cada semana estas palabras: “Americanos, ¿habéis pensado en España? Españoles, ¿habéis pensado en América?” Concibo la educación de un joven español que se acostumbrara a adquirir todos los meses algún conocimiento nuevo sobre América, por modesto que fuese. Hay que acostumbrar al español a que tenga siempre una ventana abierta hacia América. Si hermosa era la frase orteguiana no lo eran menos las reflexiones y conclusiones que suscitó en la mente de Reyes, quien mantendría de por vida una actitud admirativa y amistosa hacia nuestro filósofo, en quien siempre apreció su interés y devoción hacia la América hispánica.

Valga como muestra lo que escribió en su artículo “Goethe y América”, publicado en 1932: “José

Ortega y Gasset sufre y siente a América como un problema personal”. En 1923 tuvo lugar en Madrid un evento literario en el que coincidieron Ortega y Reyes, y de tal suceso ambos nos dejaron testimonio escrito. Se trata del homenaje tributado a Stéphane Mallarmé, el domingo, día 11 de octubre, para conmemorar, con un silencio de cinco minutos, el XXV aniversario de la muerte del poeta francés. El escenario, el Jardín Botánico “en la puerta que da sobre la Feria de Libros”. La hora: “las once en punto de la mañana”. Los reunidos fueron: José Ortega y Gasset, Eugenio d’Ors, Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa, José María Chacón y Calvo, Antonio Marichalar, José Bergamín, Mauricio Bacarisse y Alfonso Reyes, de quien fue la iniciativa y quien escribió una sabrosa e ingeniosa crónica que figura en su libro *Culto a Mallarmé*, incluido en el tomo XXV de sus Obras Completas. Por su parte el secretario de la *Revista de Occidente*, Fernando Vela, escribió una carta a todos los asistentes preguntándoles qué habían pensado durante los cinco minutos de silencio. Las respuestas fueron publicadas en el número de noviembre de la revista. En su texto, Ortega declara: La idea de este silencio es de Alfonso Reyes... A ningún español se nos hubiera ocurrido esto. A los españoles nos avergüenza toda solemnidad, nos ruboriza. ¿Por qué? Pueblo viejo. Tenemos en el alma centurias de solemnidades; éstas han perdido ya la frescura de sentido y nos hemos acostumbrado a pensar que son falsas y desvirtuadas. Alfonso Reyes es americano. Alfonso... Reyes... Alfonso, nombre de reyes..., es americano. Pueblo joven...

La crónica de Reyes es un prodigio de encanto y finura: “El primero en llegar fue José Ortega y Gas-

set... Era un día gris, nublado y claro. Algo París-de-los-años-de-Ochenta... Sacudiendo el viento los ramajes de nubes, hizo caer escasas gotas. Luego, quedó el tiempo seguro; y había una frescura casi dulce (...) El Botánico tenía una iluminación de vidrieras opacas, de taller fotográfico. Cada árbol, al paso, nos decía una palabra, como al estudioso Goethe en sus excursiones de naturalista: la palabra escrita en su etiqueta: Almez, Alerce, Sófora Japónica, Pawlonia, Arce Sacarino. Cada árbol, al paso, nos alargaba su tarjeta de visita..."

En abril de 1924, en vísperas de su regreso a México, Alfonso Reyes, que entonces desempeñaba el puesto de primer secretario de la legación de su país en Madrid, recibió un homenaje en el restaurante Lhardy, con Ortega en la presidencia. Compartieron las mesas D'Ors, Azorín, Eduardo Marquina, Manuel Azaña, Díez-Canedo, José María Chacón y Calvo... y muchos más escritores y amigos. Eduardo Gómez de Baquero pronunció el discurso de ofrecimiento. Todos los reunidos, más Unamuno, Valle-Inclán, Juan Ramón Jiménez, Gómez de la Serna, Maeztu, Moreno Villa... habían sido sus amigos a lo largo de los diez años de vida madrileña, así como cuantos pertenecían al Centro de Estudios Históricos, presidido por don Ramón Menéndez Pidal, en donde Reyes también colaboró activamente.

Dejaba Reyes un Madrid en el que se sentía arraigado y unos amigos con los que había compartido trabajos y conversaciones, que evocará años más tarde en su libro *Tertulia de Madrid*. Otro amigo suyo, el fino crítico literario Melchor Fernández Almagro, cuando comente ese libro en *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid, marzo-abril de 1951),

escribirá: “Recordamos a Alfonso Reyes, menudo y redondo, sutil, cortés y seseante, en grupo con los demás contertulios (en el hotel Regina) alrededor de la mesa rectangular, junto a la columna central del café: todo nuevo, blanco, sin espejo ni divanes de pelouche rojo: “Son los intelectuales”, decían los otros asiduos al café, políticos de provincias, mujeres equívocas o sin equívoco alguno, toreros; los tipos mismos, al natural, que dibujaban por entonces Penagos y Tovar.

En aquellos días de su despedida de Madrid, la prensa publicó diversos artículos en los que se elogiaba la personalidad de Alfonso Reyes. En el *ABC*, don Eugenio d’Ors en una de sus glosas sentenciaba: “Alfonso Reyes es el que ha torcido el cuello a la exuberancia y ha dejado limpio de su imagen mítica el mapa ideal de nuestra América”. Y Azorín definió a sus lectores argentinos de *La Nación* la personalidad de Reyes con estas palabras: “Cortés, atento, conciliador, Reyes logró captarse prestamente las simpatías de las personas con quienes trata. Y las mismas cualidades de finura y escrupulosidad lleva a sus trabajos de crítica literaria y de erudición”. Perfecto retrato. En él coinciden cuantos le trataron. Sus dotes intelectuales eran parejas con sus dotes de bondad, de simpatía, de ingenio. Gabriela Mistral escribió que “conversar con Reyes es una fiesta”. Y el escritor paraguayo Julio César Chaves contó que un día en París y en casa de Jean Cassou, Miguel de Unamuno, en presencia de Rainer Maria Rilke, dijo hablando de nuestro hombre: “La inteligencia de Reyes es una función de su bondad”.

Sin abandonar su labor de escritor, Reyes dedicó los siguientes años a cumplir sus deberes como diplomático: ministro de México en París, hasta que

pasó a desempeñar la embajada de México en Buenos Aires (1927-1930) y en Río de Janeiro (1930-1937). Cuando en 1928 Ortega y Gasset hizo su segundo viaje a la Argentina se vio con Reyes y reavivaron afecto y amistad. En el libro *Anecdotario*, publicado póstumamente por su nieta Alicia en 1968, figuran varias anécdotas que tienen a Ortega y a Reyes como protagonistas. Entre ellas sólo dos traigo aquí a colación porque presentan perfiles, entre la vanidad y el donjuanismo, que contribuyen a matizar la condición humana de uno y otro. La primera es esta: “En una reunión social de Buenos Aires, me rodeaban unas señoras jóvenes, sentadas como yo en almohadones sobre el suelo, para que yo les improvisara cuentos como Oscar Wilde. José Ortega y Gasset cruzó la sala entera a paso veloz, gritando:

–No, señoras. A Reyes lo tienen ustedes aquí de modo permanente. Rodéenme a mí que me voy en unos días.

“Le cedí mi almohadón, pero él prefirió una butaca de respeto y comenzó una suerte de flirt filosófico, en que era experto. Las señoras se dispersaron poco a poco.”

La otra anécdota sube de tono y de indiscreción: “En Buenos Aires también, me dijo:

–¿Dónde esconderme con una señora respetable?

Lo llevé a un departamento precioso que yo tenía y le di la llave.

–¿Le agrada?

–¡Es una octava real! ¡Caramba con este Alfonsito!

Algunos días después pasé al hotel Plaza a recoger la llave y visité mi rincón; todo en orden, pero para que no se dudara de que él, José, había estado ahí,

dejó la envoltura, con su nombre, de unas pantuflas nuevas.”

Este encuentro en Buenos Aires sería el último de los celebrados entre Reyes y Ortega. Cuando éste volvió en 1939 a la capital argentina, el gran mexicano ya residía en México. Si se repasan los índices onomásticos de los veintiséis tomos de las Obras Completas de Reyes, se comprueba las numerosísimas citas de textos de Ortega, desde los primeros tiempos hasta la conferencia de éste sobre Goethe en Aspen en julio de 1949. Precisamente es con Goethe como tema de fondo cuando encontramos un testimonio de Reyes en el que manifiesta una actitud crítica y discrepante de Ortega, compatible con el afecto y admiración que siempre le profesó. Se trata de la carta, rescatada por José Luis Martínez y publicada en el tomo XXVI de las Obras Completas (México, 1993) de Reyes, que éste escribió al novelista y ensayista argentino Eduardo Mallea a propósito del ensayo “Pidiendo un Goethe desde dentro. Carta a un alemán”, que Ortega había publicado en *Revista de Occidente* en abril de 1932.

La carta de Reyes comienza con una confesión: “La carta a un alemán de José Ortega y Gasset me ha causado un verdadero arrobamiento, lo mismo que a usted. El gran escritor lo empuña a uno y lo transporta. Pero tiene la elocuencia engañosa de las sirenas. No se deje usted engañar. Ortega es sofisticado y engañoso. Esto se lo digo a usted en secreto. Esta carta es un desahogo que yo confío a su corazón de amigo, pero no quiero que usted le dé el aire, porque no quiero tener que sufrir más en mis relaciones con José. Cuando entre él y yo se ha atravesado una pestaña, le confieso a usted que me



sentí muy desdichado. Quizá Victoria (Ocampo) también podrá leer esta carta. Yo creo que le pasa con José lo que a mí: yo lo admiro, lo ‘amo’ y no lo aguanto”.

Después siguen cinco densas páginas de análisis y comentario de las tesis de Ortega en torno a Goethe expuestas en su ensayo, escrito que, según Reyes, “es el fruto de dos sentimientos que él lleva a una temperatura de sublimidad: la soberbia y la envidia”. No viene al caso reproducir aquí los argumentos empleados por Reyes –excelente conocedor de Goethe, como lo reflejan las primeras 445 páginas del citado tomo XXVI– para razonar su discrepancia con Ortega. Pero sí debo citar el expresivo final de la recordada carta: “Y ahora ¿puedo esperar de usted que guarde esta carta como secreto? Mire que no quiero hacer junto a Ortega y Gasset el papel que él hace junto a Goethe. Mire que discutir públicamente con Ortega y Gasset quien se siente menor que él y no tiene siquiera posibilidad de combate periodístico, quien al fin lo quiere y admira de veras, quien quizá siente que choca con él por un fenómeno de ‘adoración’, quien nunca se acercó a él sin utilidad y provecho en pro o en contra, sería absurdo. Suyo cordial”.

El mismo día en que murió Ortega en Madrid, 18 de octubre de 1955, su amigo Reyes escribió un artículo titulado “Treno para José Ortega y Gasset”, que aparecería en la revista *Cuadernos Americanos* (México, febrero 1956). En aquellas páginas reiteraba su testimonio de deuda y gratitud por el trato que había recibido de Ortega años atrás, a la vez que recordaba que, ante la situación que vivió la España en guerra civil, él se apresuró a ofrecer a Ortega su casa en México, y recibió esta respuesta:

“Agradecí muy vivamente su cariñosa carta, que me trae su vieja amistad. Siempre en lo recóndito contaba con ella”. Y Reyes evocaba a su amigo con estas hermosas palabras: “Perdemos en José Ortega y Gasset a un escritor que ha dejado un rastro de fuego en la lengua y en la mente de nuestro siglo; a un filósofo imperial, no por la coherencia sistemática de un Kant o de un Hegel –a que él nunca quiso sujetarse–, sino por el altivo señorío de sus concepciones, la actitud orgullosa y la varonil trascendencia; a un pensador que de mil modos llegó a superar a sus maestros y hasta dio al mundo la expresión auténtica de algunas nociones que aún latían en la nebulosa; a un artista en quien jamás desmayó la soberbia voluntad de forma. Era hombre de ánimo solemne que luchó siempre contra las travesuras de la ironía y del humorismo, sus dos verdaderos adversarios; de una sensibilidad tan aguda que solía herirse con su propio aguijón o, mejor, que acabó atravesándose con su espada; de una honda capacidad moral que, por ser tan honda, se desgarraba entre los ideales teóricos y los apremios del deber cívico, por manera que iba y venía como el péndulo electrizado de saúco, sin poder resignarse nunca a lo que hay de transacción en la acción. (...) Cuando hayan corrido los años, operando su justicia de larga vista sobre las desigualdades y accidentes y demás miserias del acontecer cotidiano, esta imagen se levantará entre las más altas de España, no lo dudo”. Reyes concluía su treno con un bello y piadoso deseo: “Yo quiero evocar sobre su tumba las palabras de Horacio a Hamlet, envolviendo así en cortesías poéticas las asperidades de la desgracia: “Buenas noches, dulce príncipe; los coros de ángeles arrullen tu sueño”.

Alfonso Reyes falleció en la Ciudad de México el 27 de diciembre de 1959. Cabe pensar que, de haber vivido, José Ortega y Gasset le hubiese despedido con similar y conmovido elogio.

Antonio Lago Carballo.

# La universalidad de Alfonso Reyes: un acercamiento a “La cena”

*El amor de Reyes al lenguaje,  
a sus problemas y sus misterios,  
es algo más que un ejemplo: es un milagro.*

Octavio Paz

## Síntesis de “La cena”

Una mañana, Alfonso recibe una esquila en la que lo invitan a la cena dos damas desconocidas, doña Magdalena y su hija Amalia. Acude a la invitación cuando tocan nueve campanadas. Después de la cena, en la que Alfonso abusa ligeramente del vino, van al jardín oscuro y se queda dormido un rato sobre el banco. Cuando abre los ojos, Amalia, en una atmósfera extraña, le cuenta a Alfonso la historia de un capitán. Luego, en la sala le muestra el retrato de dicho militar y Alfonso se da cuenta de que ese retrato es él mismo. Con una tremenda tensión por la sorpresa sale de la casa y corre hasta llegar a su propia casa. Las nueve campanadas no han dejado de sonar y Alfonso nota que sobre su cabeza hay hojas caídas de ese jardín y una florecilla en su ojal.

La tendencia literaria posterior a los años 40 en Latinoamérica, no con demasiada exactitud, se divide en tres direcciones considerando los elementos fantásticos y fabulosos. Una sería el realismo fantástico con autores destacados como Jorge Luis Bor-

ges, Julio Cortázar y Adolfo Bioy Casares, y otra, el vanguardismo político o realismo mágico que incluye autores como Juan Rulfo, Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez. La última sería lo real maravilloso, definida en el prólogo de la novela *El reino de este mundo* (1949) por Alejo Carpentier. Aunque es posible decir que esas direcciones literarias tienen su fuente en el vanguardismo europeo, los autores latinoamericanos han construido una nueva narrativa singular. Así por ejemplo, Julio Cortázar, Borges y muchos autores más escriben bajo la influencia de la técnica literaria del vanguardismo europeo que se caracteriza por derrumbar la demarcación entre lo real y lo fantástico. Pero también entre esas tendencias existe una diferencia en el ver y reconocer la realidad latinoamericana.

El realismo fantástico sería la literatura neo ideológica que implanta lo irreal en lo real. Y el realismo mágico, el fruto de esfuerzos que se empeñan en reconocer peculiarmente la realidad de Latinoamérica desde una visión cultural, económica y política. Lo real maravilloso se lanza en busca de la extraordinaria visión histórica sin necesidad de fantasía literaria. Aunque hay ligeras diferencias, esas tendencias literarias coinciden cronológicamente y tienen su cima, aproximadamente, de los años 50 hasta los 70.

“La cena” de Alfonso Reyes, un cuento escrito en 1912 y publicado en *Plano oblicuo* en 1920, no corresponde históricamente a esas tendencias literarias, según las fechas que indicamos antes. Sin embargo, se lo considera en general por sus motivos oníricos y fantásticos como una premonición de ellas o del surrealismo latinoamericano. En realidad, muchos cuentos tardíos tienen algo común con

“La cena” y ello es razón suficiente para llamarnos la atención y revalorizarlo. Por lo tanto, en este acercamiento observaremos cuáles serían los elementos fantásticos y por qué razón se debe considerar una obra importante en la literatura latinoamericana.

## **El narrador**

En el cuento, más aún en el cuento fantástico, la importancia del narrador es incuestionable porque el narrador contribuye en gran medida para conseguir la objetividad de lo narrado. Sería útil para ello el estudio de Todorov, que a la hora de definir lo fantástico propone que es necesario que el texto obligue al lector a considerar el mundo de los personajes como un mundo de personas reales. Y para cumplir esta condición, como dice Todorov, la narración en primera persona tiene mayor eficacia:

(...) “la primera persona ‘relatante’ es la que con mayor facilidad permite la identificación del lector con el personaje, puesto que, como es sabido, el pronombre ‘yo’ pertenece a todos. Además, para facilitar la identificación, el narrador será un ‘hombre medio’, en el cual todo (o casi todo) lector pueda reconocerse. Esta es la forma más directa de penetrar en el universo fantástico”.

Julio Cortázar, por su parte, confiesa que aunque parezca paradójico la narración en primera persona constituye la más fácil y quizá mejor solución del problema, porque narración y acción son ahí una y la misma cosa. “La cena” es un cuento narrado en primera persona y en los primeros párrafos nos encontramos sólo con un nombre —Alfonso— y de

allí viene lo que podríamos llamar una horizontalidad, ya que el autor (Alfonso Reyes) es el narrador y el personaje (protagonista-Alfonso) al mismo tiempo. Es una técnica efectiva para que sienta el lector estar en el mismo nivel del narrador.

El lector se adentra en el mundo del texto y se identifica con el personaje del texto. Así puede aceptar fácilmente que el mundo del texto es el mismo que el suyo. Además, en el cuento aparece una vez que el narrador se dirige directamente al lector:

(...) “creo haberles oído hablar de flores que muerden y de flores que besan; de tallos que se arrancan a su raíz y os trepan, como serpiente, hasta el cuello”.

¿Quiénes son os? De repente, la voz del narrador gira de dirección y se enfrenta con el lector. Podríamos decir que entre el texto y el lector se forma entonces una comunicación directa. En suma, para conseguir un elemento básico en la literatura fantástica, la objetividad, Reyes utiliza la narración en primera persona y estrecha de esta manera la distancia entre el texto y el lector.

Por otra parte, otra dimensión fundamental del cuento que nos llama la atención es la visión onírica y ambigua, que veremos con el ambiente y los personajes.

### **Ambiente y personajes**

Para comentar sobre lo fantástico empezamos con el ambiente y los personajes del cuento porque están llenos de palabras que provocan una atmósfera misteriosa e irreal.

“La cena” abre con el epígrafe de san Juan de la Cruz: “La cena que recrea y enamora” (pág. 11), y en una estructura circular, inicia cuando llega a su término la experiencia de Alfonso, el cual tuvo que correr “a través de calles desconocidas” (ídem). Hasta antes de llegar a la puerta, la descripción del narrador maneja la imaginación del lector encaminándolo hacia una visión onírica: “serpientes de focos eléctricos bailaban, cobraba una elegancia irreal, un sentimiento supersticioso de la hora y recordaba haber corrido a igual hora por aquel sitio y con un anhelo semejante” (ídem). La narración manipula además la percepción del tiempo: “No sé cuánto tiempo transcurrió, en tanto que yo dormía en el mareo de mi respiración agitada” (ídem). Esta flexibilidad de la temporalidad, que veremos más adelante junto con la del espacio, es el eje central del cuento.

Otra visión onírica y ambigua se produce con los personajes, sólo tres en el cuento: un narrador-personaje con su historia fantástica y dos señoras misteriosas dentro de esa historia. Cuando se abre la puerta, Alfonso ve una mujer que no era para él más que “una silueta” (pág. 12), donde su imaginación pudo pintar varios ensayos de fisonomía. Esa mujer o una silueta, vestida de negro, esbelta y digna “se había colorado ya de facciones” (pág. 13) en un instante y se convierte en Amalia. Con la configuración del fantasma humano Reyes consigue una identidad ambigua al igual que la temporalidad en la que está inserta.

Con Alfonso ocurre algo semejante. Cuando entró en la sala, Alfonso vio un “retrato” de un señor de barba partida y boca grosera y lo ve una vez más en una bola de vidrio de Magdalena. Ese presagio



—el “retrato”— aparece más tarde cuestionando la identidad de Alfonso. Así tenemos personajes en la oscuridad y el cuento en general, también. Además, como una novela policiaca, se mantiene hasta el final una tensión causada por no saber el propósito de la invitación que más tarde se convierte en una sorpresa al comprobar que el retrato es el mismo Alfonso.

La manipulación del tiempo y la visión ambigua y onírica de los personajes mantienen una tensión hasta el final. Sin embargo, el manejo singular del tiempo y el espacio hacen aún más complejo el cuento.

### **Tiempo y espacio**

La cuestión del tiempo y el espacio constituye la base fundamental del cuento porque de allí surgen precisamente los elementos fantásticos. Primero tenemos que ver lo que hace Reyes en el cuento. El cuento empieza con las siguientes frases, y como si fueran un eco reaparecen al final del cuento: “Tuve que correr a través de calles desconocidas”. (...) “Serpientes de focos eléctricos bailaban delante de mis ojos.” (pág. 11) “Y corrí, a través de calles desconocidas. Bailaban los focos delante de mis ojos” (pág. 17).

Estas dos frases sugieren que en el cuento hay dos espacios diferentes. “Calles desconocidas”, que hasta final quedan desconocidas, es como un túnel por el que entra Alfonso al otro mundo espacial y sale de él. Pero el tiempo hace sospechar que sí hay espacios diferentes porque la hora de la llegada a la casa concertada es la misma de la vuelta a su propia

casa, que aparecen también al principio y al final del cuento: “De pronto, nueve campanadas sonoras resbalaron con metálico frío sobre mi epidermis. Mis ojos, en la última esperanza, cayeron sobre la puerta más cercana: aquél era el término” (pág. 11). “Cuando alcancé, jadeante, la tabla familiar de mi puerta, nueve sonoras campanadas estremecían la noche (pág. 17)”.

Al llegar a su propia casa, las nueve campanadas aún estaban sonando, es decir, todo ha ocurrido en un instante o no ha ocurrido. “Calles desconocidas” y “nueve campanadas” son evidencias de que en el cuento residen dos esferas. Así, rompiendo Reyes con la linealidad cronológica y espacial construye un mundo imaginario, que más tarde aparece también en obras de Borges o Cortázar.

Alfonso también aparece en dos esferas temporales y espaciales, porque descubre que el retrato de un capitán de otra época es él mismo: “Contemplé de nuevo el retrato; me vi yo mismo en el espejo; verifiqué la semejanza: yo era como una caricatura de aquel retrato. El retrato tenía una dedicatoria y una firma. La letra era la misma de la escuela anónima recibida por la mañana” (pág. 17).

Reyes maneja el paralelismo de dos mundos diferentes con la actitud del personaje que se suma a ese mundo distinto. Si así se acabara la historia, no sería tan profundo el juego, pero Reyes por último nos deja una huella para confundirnos entre ellos: “Sobre mi cabeza había hojas; en mi ojal, una florecilla modesta que yo no corté (pág. 17)”.

Gracias a esta frase ya no se ve claramente si el mundo onírico existe y cuál es el mundo real. Esta vacilación es una de las condiciones de lo fantástico según ha definido Todorov. Aunque la vacilación

tiene la posibilidad de una interpretación subjetiva, sería un elemento particular para explicar lo fantástico:

(...) “es necesario que el texto obligue (...) a vacilar entre una explicación natural y una explicación sobrenatural de los acontecimientos evocados. Luego, esta vacilación puede ser también sentida por un personaje” (...) el papel del lector está, por así decirlo, confiado a un personaje y, al mismo tiempo la vacilación está representada, se convierte en uno de los temas de la obra; en el caso de una lectura ingenua, el lector real se identifica con el personaje.

Lógicamente no es posible que ocurra tal cosa y que exista un hombre en dos mundos diferentes al mismo tiempo. El cuento sólo puede ser un juego de “nueve campanadas “ y “hojas caídas”, que son elementos para insertar la ambigüedad en el texto, y al fin, una historia psicopática, imaginativa y onírica. Sobre esta visión del cuento nos encontramos con una idea muy significativa de Alfonso:

“Cuando, a veces, en mis pesadillas, evoco aquella noche fantástica (cuya fantasía está hecha de cosas cotidianas y cuyo equívoco misterio crece sobre la humilde raíz de lo posible)” (...) (pág. 12).

¿De dónde viene lo fantástico para Reyes? Sin duda, como dice Alfonso, de cosas cotidianas, a raíz de lo posible. A pesar de que el cuento tiene varios factores surrealistas, este tipo de enfrentamiento con la realidad es muy parecido al del realismo mágico. De ahí surge un problema ¿es surrealista o pertenecería al realismo mágico?

## Entre el surrealismo y el realismo mágico

Para Reyes lo fantástico está en el mismo nivel de la vida que vivimos. Este punto de vista se parece mucho al de Julio Cortázar quien fuera un gran generador de relatos y situaciones fantásticas. En una conferencia habla sobre el sentimiento de lo fantástico, y está muy cerca de la propuesta de Alfonso Reyes:

(...) “He pensado que me gustaría hablarles concretamente de literatura, de una forma de literatura: el cuento fantástico. (...) Yo vi siempre el mundo de una manera distinta, sentí siempre, que entre dos cosas que parecen perfectamente delimitadas y separadas, hay intersticios por los cuales, para mí al menos, pasaba, se colaba, un elemento, que no podía explicarse con leyes, que no podía explicarse con lógica, que no podía explicarse con la inteligencia razonante. (...) Ese sentimiento... en cualquier momento les puede suceder a ustedes, les habrá sucedido, a mí me sucede todo el tiempo, en cualquier momento que podemos calificar de prosaico, en la cama, en el ómnibus, bajo la ducha, hablando, caminando o leyendo, hay como pequeños paréntesis en esa realidad y es por ahí, donde una sensibilidad preparada a ese tipo de experiencias siente la presencia de algo diferente, siente, en otras palabras, lo que podemos llamar lo fantástico”.

Para Cortázar la fantasía no está separada de la vida diaria, sino que coexiste dentro de ella. La realidad es considerada misteriosa o mágica por Cortázar y por Reyes con años de anticipación, quienes tienen en común la idea de que el sentimiento fantástico viene de lo diario y cotidiano. Este punto de vista es compatible con la opinión

sobre el realismo mágico de Luis Leal: (...) “El escritor se enfrenta a la realidad y trata de desentrañarla, de descubrir lo que hay de misterio en las cosas, en la vida, en las acciones humanas”.

Aunque en general los críticos lo consideran surrealista más que mágico-realista, Leal incluye a Cortázar en el campo del realismo mágico. Pero aquí no lo discutiremos, sólo veremos la relación tan estrecha que aparece entre Reyes y Cortázar porque Cortázar hace real lo fantástico; es decir, implanta lo irreal o psicopático en la realidad cotidiana. Reyes también, a través de “La cena” impone lo onírico y misterioso en la realidad. Este punto de vista de Reyes de reconocer la realidad en la que coexisten lo fantástico y lo real es el fundamento del realismo mágico.

Hay un estudio significativo de James Willis Robb, titulado de La cena de Alfonso Reyes, cuento onírico: ¿surrealismo o realismo mágico?, en el que primero lo califica de surrealista y finalmente de presurrealista y mágicorealista. Willis Robb busca elementos surrealistas comparándolos con expresiones de artistas del surrealismo como Giorgio de Chirico y Salvador Dalí, y también con los del realismo mágico, según la opinión de Anderson. Y pone de ejemplo dos de los cuentos de *El plano oblicuo* (1920): “La cena” y “La reina perdida”, en los que la realidad se hace mágica.

Como hemos visto, Reyes insiste y los críticos coinciden en que la magia reside en la realidad. Este punto de vista de Alfonso Reyes es significativo no sólo porque representa una nueva visión de entender la realidad, sino porque el cuento fue escrito más tempranamente que las obras surrealistas y que

el realismo mágico, que tienen algo en común con “La cena”.

El estudio de John S. Brushwood sobre la novela mexicana sostiene que no hubo novelas vanguardistas en México antes de 1925. Pero después de esta fecha señala a autores que utilizan la asociación libre, imágenes oníricas y los usos descomunales del tiempo.

Y el surrealismo que inició oficialmente en Francia en 1924 empezó a tener impacto en Latinoamérica después de la publicación del Segundo Manifiesto por Breton en 1930, y en el caso de México, años más tarde, cuando André Breton fue a México en 1938. En febrero de 1940, Wolfgang Paalen organizó una exposición de arte surrealista en México. Paalen se quedó en el país y más tarde fundó la revista surrealista *Dyn* (1942-1944). Otro surrealista francés, Benjamin Péret, pasó los años comprendidos entre 1941-1947 en México.

A pesar de sus elementos surrealistas, podemos decir que “La cena”, en la literatura mexicana, cronológicamente está lejos del surrealismo. Además, Reyes nació sólo un año más tarde que Giorgio de Chirico y mucho antes que Salvador Dalí. Por lo tanto no es fácil explicar que Reyes hubiera sido influido por el surrealismo europeo, sino que podemos decir que Reyes descubre una tendencia semejante a la de Europa de aquel tiempo.

## **Conclusión**

Casi siempre que se habla de Alfonso Reyes se piensa en el ensayista, el crítico y en el poeta. Con menos frecuencia se piensa en el narrador, el cuentista.

En efecto, el ensayo y la poesía fueron los géneros más frecuentados por Reyes. Pero todo el mundo está de acuerdo en que “La cena” es uno de los relatos más originales y perfectos que se hayan escrito. La importancia de “La cena” estaría en su mayor libertad literaria de creación y en su carácter históricamente independiente. Es verdad que muchos autores latinoamericanos de carácter surrealista o del realismo mágico fueron influidos por el surrealismo francés. Autores como Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier, Ernesto Sábato, Julio Cortázar, Octavio Paz, hasta Jorge Luis Borges y muchos más estaban directamente o indirectamente en el ambiente surrealista. Pero todos ellos no han escrito antes que Reyes.

Donald L. Shaw considera que tanto el realismo mágico, con sus raíces en lo mítico-legendario americano, como el realismo fantástico, que tiene su remoto origen en los románticos alemanes (Hoffmann, los hermanos Grimm), y más recientemente en Kafka, encuentran su máximo estímulo en el surrealismo y forman parte de ese movimiento más vasto que constituye la reacción contra el realismo tradicional.

Circunstancialmente, una obra polémica, “La metamorfosis” de Kafka fue escrita en el mismo año que “La cena”, 1912; sólo que fue publicada dos años antes (1916) que “La cena” (1920). Ambas obras tienen dos aspectos similares; uno de existencialismo, más relevante en “La metamorfosis” y el otro de lo fantástico, más notable en “La cena”. Si Kafka incorpora a la realidad lo misterioso para representar la irracionalidad del capitalismo, para Reyes la realidad no es explicable con la razón porque ya coexiste la realidad junto con la fantasía. En

dos diferentes continentes, dos obras auténticamente importantes, de manera simultánea.

Así Reyes, un hombre independiente y universal con su amplia creación, construye un puente por el que pasarán autores encargados de la representación de la realidad del mundo. Jorge Luis Borges habla de Alfonso Reyes: “para mí, la de Reyes es la mejor prosa escrita en lengua española desde que la lengua existe”.

Lee Kyeong Min, Seminario de Literatura Mexicana,  
Universidad Nacional de Seúl, Corea del Sur.  
Tomado de *Espéculo*. Revista de estudios literarios. Uni-  
versidad Complutense de Madrid.





## Recuerdo de Alfonso Reyes

**A**lfonso Reyes vivía en una casita color mamey junto al hotel Marik en Cuernavaca. Me invitaba a pasar temporadas con él y como yo era adolescente y flojo sólo le acompañaba a partir de las once de la mañana, cuando don Alfonso se sentaba a florear a las muchachas que pasaban por la plaza que entonces lo era de laureles y no de cemento; no sé si el hombre cuadrado y rubicundo que se sentaba en la mesa de al lado era un cónsul británico aplastado por la cercanía del volcán, pero si Reyes, ante el espectáculo del mundo, citaba a Lope y a Garcilaso, nuestro vecino el bebedor de mezcal contestaba, sin mirarnos, con las stanzas más lúgubres de Marlowey y John Donne. Luego íbamos al cine para darnos un baño de épica y sólo en la noche me empezaba a fregar don Alfonso, a reclamarme mis ausencias, mis lagunas, ¿cómo es posible que no hayas leído a Laurence Sterne?, no has entendido bien a Stendhal, el mundo no empezó hace diez minutos.

Me irritaba; yo leía a contrapelo de sus enseñanzas, lo moderno, lo más estridente, sin entender que estaba aprendiendo su lección: no hay creación sin tradición,

lo "nuevo" es una inflexión de la forma precedente, la novedad es siempre un trabajo sobre la tradición. Borges ha dicho de él que escribió la mejor prosa castellana de nuestro tiempo. A mí me enseñó que la cultura tenía una sonrisa: que la tradición intelectual del mundo entero era nuestra por derecho propio y que la literatura mexicana era importante por ser literatura y no por ser mexicana.

Un día me levanté muy temprano (o quizás llegué tarde de una parranda) y lo vi sentado a las cinco de la mañana, trabajando en su mesa rodeado de los olores renacientes del valle de Morelos. Parecía un elfo irlandés, de esos que fabrican de noche los zapatos mientras las familias duermen: parecía también un gnomo germánico, de esos que guardan los tesoros de los dioses en el fondo de los ríos profundos. Ahora escribía en silencio, no sonreía: su mundo en cierta forma, terminó un día luctuoso de febrero de 1913, aquí cerca, en el Zócalo y a caballo. La sonrisa de Reyes tenía ceniza en los labios y se llamaba el gran poema del exilio y la distancia frente a México, su historia y su lenguaje: la Ifigenia de Anáhuac, cruel:

Yo era otro, siendo el mismo:  
Yo era el que quiere irse.  
Volver es sollozar.  
No estoy arrepentido del ancho mundo.  
No soy yo quien vuelve.  
Sino mis pies esclavos.

Carlos Fuentes en *Alfonso Reyes: homenaje nacional*,  
México: INBA, 1981, P. 35.

# Reyes, medio siglo

1

**E**l 27 de diciembre de 2009 se cumplirán cincuenta años de la muerte de Alfonso Reyes, escritor importantísimo para la historia de la literatura mexicana del siglo XX. Con miras a ese panorama, ofrezco algunas anotaciones.

2

En primer lugar, recupero a continuación un breve texto en el que Octavio Paz manifestaba su sensación alrededor de la muerte de Reyes... Escribe Paz...

3

“Un telegrama de México me anunció la muerte de Alfonso Reyes. La noticia me pareció irreal, como si anunciase la muerte de otra persona. Sabía que desde hacía años estaba enfermo y que sólo se aliviaba para volver a recaer; no sabía, o lo había olvidado, que la muerte, siempre esperada, es siempre inesperada. La última vez que lo vi, hace seis meses, la víspera de mi salida de México, me dijo: ‘Quizá no volvamos a conversar, ya me queda poco tiempo aquí’. Y me señaló, con la mirada sus libros. No

podría ahora repetir mi respuesta; sin duda fue una de esas frases con las que, no sin hipocresía, a un tiempo tratamos de calmar la ansiedad de los enfermos y nuestro propio, secreto terror ante la muerte. Recuerdo que sentí una absurda vergüenza, como si mi salud fuese algo indiscreto y poco merecido. Reyes se dio cuenta de mi confusión, cambió el tema y alegremente me guió por las espesuras de la poesía hermética.

“Admirable prueba de salud moral: en una época sorda a fuerza de gritar, un hombre enfermo, encerrado en su biblioteca, casi sin esperanzas de ser oído, se inclina sobre un texto olvidado y pesa imágenes y pausas, ritmos y silencios, en una delicada balanza verbal. Ante un mundo que ha perdido casi completamente el sentimiento de la forma, al grado de que la frase hecha, después de conquistar periódicos, parlamentos y universidades, se convierte en el medio de expresión favorito de poetas y novelistas, el amor de Reyes al lenguaje, a sus problemas y sus misterios, es algo más que un ejemplo: es un milagro. Pocas veces vi a Reyes tan lúcido, tan claro y relampagueante, tan osado y tan reticente y, en una palabra: tan vivo, como aquella noche en que me hablara, entre una y otra toma de oxígeno, de las delicias y los peligros de Licofrón y Gracián. ¿Falta de humanidad, insensibilidad social, ausencia de sentido histórico? Yo diría: amor a la vida en un tiempo que venera no tanto a la muerte como a la ausencia de vida. El culto a la muerte es una superstición arcaica; nosotros, los modernos, adoramos la abstracción desangrada y el número informe: ni vida ni muerte. El amor, los amores de Reyes, eran distintos: amor a la forma, amor a la vida. La forma

es la encarnación de la vida, el instante en que la vida pacta consigo misma.

“No, no estamos hechos para la muerte, y Alfonso Reyes, ‘caballero andante de mayo’, el mes solar, como dice en uno de sus poemas, era el hombre menos dispuesto, filosóficamente, a morir. No porque se rebelase estérilmente contra la idea de la muerte sino porque morir no le parecía una idea, esto es, una razón, algo dueño de sentido. Nunca hizo de la muerte una filosofía, como tantos escritores de nuestra lengua. Más bien la veía como la negación, la definitiva refutación de la idea misma de filosofía. La aceptaba, no sin ironía, como una prueba más de la locura cósmica. En cierto modo, no le faltaba razón: la muerte es el fruto, la consecuencia natural de la vida y, así no es un accidente; sin embargo, es el gran accidente, el único accidente. Y esto, ser contingente y necesaria, la hace aún más enigmática. La muerte es la contradicción universal.

4

Ahora, algo sobre un texto inédito, recién recuperado gracias a las indagaciones de Susana Quintanilla.

“A mi amigo Silvio —me dijo cierto día un amigo— cualquiera se lo halla en una esquina y lo empuña y se lo lleva como un bastón.” Son las primeras palabras de un texto llamado “Silvio”, escrito en 1909 por Teodoro Malio. Pasaría hoy desapercibido entre nosotros, sino fuera porque Teodoro Malio es Alfonso Reyes. Sí, así es como firmó dos pequeños textos publicados por *El Antirreeleccionista*.

5

Uno de esos textos fue reescrito e integrado a sus Obras Completas, el que trata sobre las fiestas patrias. El otro se llama “Silvio, de la diáfana silueta de Silvio, de cómo no trajo éste a la vida ningún mensaje”. Apareció el 13 de septiembre de 1909 en *El Antirreeleccionista* número 33, y había permanecido, hasta hoy, guardado en los archivos de la Biblioteca de la Universidad de Texas en Austin. Susana Quintanilla es la responsable de que este texto vuelva a la vida pública. Veamos los detalles.

6

Alfonso Reyes, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, son intelectuales que contribuyeron grandemente al desarrollo cultural de México. Cada uno de ellos alcanzó su gran momento, pero todos coincidieron en una coyuntura clave de nuestra historia, una coyuntura de la cual brotarían el fin del porfirismo y el inicio de la Revolución.

7

En ese momento de coincidencia plena crearon una revista llamada *Savia Moderna*, y un grupo al que hoy se sigue recordando con interés y dedicación: el Ateneo de la Juventud.

8

*Nosotros, la juventud del Ateneo de México*, (Tusquets) es el libro en el que la investigadora Susana Quintanilla aborda los detalles, los conflictos, las clave que aportan preguntas y explicaciones en torno a este fenómeno cultural, que tan férreas y sólidas

consecuencias arroja sobre la cultura mexicana de hoy.

9

Tras indagar en polvorientas y laboriosas bibliotecas de México y Estados Unidos, Susana Quintanilla nos entrega hoy un documento de peso en relación con una época fundamental de nuestra cultura. Su libro se añade a una ruta que está aún por trazarse y que, más que respuestas, comienza a plantearnos preguntas.

10

Susana Quintanilla nos entrega materiales que, de algún modo, nos remiten a visiones inéditas de la vida del Ateneo, y no sólo eso, sino que también rescata algunas páginas desconocidas del escritor regiomontano Alfonso Reyes, fallecido hace justamente casi medio siglo.

11

“Fui a encontrarme con un texto desconocido de Alfonso Reyes gracias a la lectura de los diarios de Henríquez Ureña. En algún momento, Ureña asegura que fue director de la página literaria de *El Antirreeleccionista*, y contó que Alfonso Reyes había colaborado ahí con dos artículos bajo el seudónimo de Teodoro Malio. Total que “Alfonsito”, así le decía Henríquez Ureña a Reyes, aportó dos textos “de Teodoro”. Yo no me lo creí, hasta que fui a Estados Unidos, acudí a la Biblioteca de la Universidad de Texas en Austin, y revisé completa la edición del periódico *El Antirreeleccionista*. Ahí están los dos artículos de Alfonso Reyes. Uno de ellos fue reeditado e integrado a las Obras Completas de Reyes. Pero el



otro, el llamado “Silvio”, jamás fue integrado. Reyes no reconoce la paternidad de este texto.

12

¿Por qué lo negó, está mal escrito?

Silvio es un personaje de zarzuela, tragicómico, y Reyes lo utiliza para hacer una descripción de un personaje de su época, alguien que siguió a Bernardo Reyes, y que luego se sumó al grupo de Ramón Corral. Pero hay que ver que ese personaje se parece algo a Martín Luis Guzmán. Y a la larga ese texto resultó ofensivo, innecesario y caduco, así que Reyes decidió olvidarlo y enterrarlo.

13

¿Conoces alguna reacción de los revistas en torno a este texto desconocido de Reyes?

Ninguna, mi libro acaba de aparecer, apenas se presenta hoy por la noche y por lo tanto no ha surgido ninguna reacción.

14

¿Cómo percibes a Reyes en el contexto de la juventud del Ateneo?

El grupo del Ateneo funciona de un modo muy ligado a la Revolución. Le da un nuevo sentido, una nueva ruta, le añade nuevas concepciones. Y también la muerte de Bernardo Reyes le añade sentido a la vida de Alfonso Reyes. Si no hubiera sido asesinado Bernardo, lo más probable es que Alfonso Reyes hubiera seguido siendo “Alfonsito”.

15

Otra nota...

Durante la pasada feria del libro pude conversar con Felipe Garrido y el director del Colegio de México, Javier Garcíadiego. De ese encuentro se obtiene esta información...

16

Las Obras Completas de Alfonso Reyes están comprendidas, hasta hoy, por 26 tomos de escritos literarios más dos tomos de obra diplomática. Ok. Pues ahora se añadirán a esos materiales siete tomos de diarios personales.

17

Sí, son siete nuevos tomos que se perfilan rumbo a la obra total del escritor regiomontano Alfonso Reyes. Se publicarán en el año 2009 con motivo de la conmemoración de los 50 años de su muerte. Javier Garcíadiego, director del Colegio de México, y el escritor Felipe Garrido, autor de numerosos estudios en torno a la obra de Miguel de Cervantes y Alfonso Reyes, nos hablan al respecto dentro del contexto de la Feria Internacional del Libro de Monterrey.

18

“Alfonso Reyes está sorprendentemente vivo a 50 años de su muerte”, dice Garrido, y continúa: “Normalmente cuando la gente se muere, pues se muere y ya. Después de la muerte, llega el olvido. Pero a Reyes le ha ocurrido algo distinto. Murió hace medio siglo y hoy se sigue estudiando con ahínco, con interés; en algunos casos con devoción”.

19

Según nos dice Felipe Garrido, “no sólo aparecen muchísimos estudios sobre Reyes en todos los países de habla hispana, sino que también se le dedican premios internacionales en muchísimas ciudades. Pero la razón más importante de su permanencia consiste en su obra, que genera inquietudes, antologías, revisiones”.

20

La visión de Garrido nos indica que muchos de los textos de Reyes fueron, antes que libros, artículos de periódico o de revista, de modo que “gozaban de una particular sencillez. No todo en Reyes era altamente complejo”.

21

Javier Garciadiego, director del Colegio de México, toma la palabra y nos dice que “hay mucho que indagar y estudiar sobre la totalidad de la obra de Reyes. Por ejemplo, sus diarios. Se conocían algunos fragmentos de su diario personal, que fue editado en Guanajuato. Pero en realidad hoy tenemos muy buen material sobre Reyes en materia de diarios. Tenemos dieciséis cuadernos personales que están comenzando a ser revisados”.

22

Serán siete nuevos libros. El primero de esos libros está siendo preparado por Alfonso Rangel Guerra, en Monterrey, y trata de Reyes en la Ciudad de México.

El segundo de los libros lo prepara Adolfo Castañón, y está dedicado a Alfonso Reyes en Francia. El tercer libro estará dedicado a la primera embaja-

da en Argentina, luego otro dedicado a Reyes en Brasil, después la segunda embajada en Buenos Aires. Y Garciadiego está armando el volumen dedicado al regreso de Reyes a México.

23

El último de los libros de Reyes proveniente de sus diarios personales tendrá por tema su vida de 1951 a 1959. Así se cierra, medio siglo después de su muerte, la publicación de las Obras Completas de Alfonso Reyes.

24

Quiero añadir que hace algún tiempo platicué en torno a los diarios de Reyes (a los que no he tenido acceso) con Emmanuel Carballo. Él me decía que la razón principal por la cual no se habían publicado todavía es que Reyes era un coscolino de primer nivel, y por tanto sus escritos íntimos podrían haber resultado inquietantes o peligrosos para algunos lectores. Ahora, a medio siglo de su muerte, me decía Carballo, ya no habrá ningún problema.

25

Por último, quiero anotar que, por supuesto, he sabido que el ITESM y la Feria Internacional del Libro de Monterrey dedicarán un espacio importante a Reyes durante la edición de 2009. Hasta donde he podido averiguar, preparan dedicarle los seminarios que se desarrollan de manera paralela a la venta y presentaciones de libros... pero ¿Qué harán el Conarte y el Gobierno de NL a este respecto? ¿Cómo será la conmemoración en esta fecha, tan importante para la literatura mexicana?

Gabriel Contreras, periódico *Milenio*  
*Diario* electrónico, 2008.

## Cuadros de una colección

**E**s conocida la afición que tuvo Alfonso Reyes por el arte y, en particular, por la pintura. La forma cotidiana de ver el mundo, que en su caso pasaba en buena medida por el tamiz de la apreciación de la creación en todas sus manifestaciones, podría compararse con la de otros de sus contemporáneos, como Genaro Estrada, José Juan Tablada o Artemio de Valle-Arizpe, grandes coleccionistas del arte antiguo y, en alguna medida, del contemporáneo. Pero también, escritores apasionados por el comentario de las artes.

En su diario de los años parisinos Reyes mencionaría la afortunada compra de un boceto de Francesco Barbieri, el Guercino, y la frustrada de unos dibujos del más adelante cotizadísimo Amadeo Modigliani. Además, en este dietario vivencial encontraremos opiniones sobre las obras de Henri Matisse, el Aduanero Rousseau, Van Donghen y Foujita, o referencias a sus encuentros con el matrimonio Delaunay y sus intermediaciones para la realización de proyectos artísticos y didácticos de los pintores mexicanos Manuel Rodríguez Lozano y Julio Castellanos.

Por otro lado, en los muros de su biblioteca de la Ciudad de México, la Capilla Alfonsina, cuelgan algunos de los óleos, dibujos, grabados que Reyes pudo adquirir, obtuvo en herencia o le fueron obsequiados a lo largo de su vida. Obras de Angelina Beloff, Diego Rivera, Julio Ruelas, Manuel Rodríguez Lozano, Agustín Lazo, Roberto Montenegro, José Clemente Orozco, Daniel Vázquez Díaz, Foujita, Jusep Torres Campalans (Max Aub), Cándido Portinari, Dimitri Ismailovitch, José Moreno Villa, Gregorio Prieto, Ángel Zárraga, Pedro Coronel, Ignacio Asúnsolo, Federico Cantú, Rafael Barradas o el referido Francesco Barbieri, entre otros artistas, muestran con amplitud los gustos de Reyes en este campo.

La biblioteca del regiomontano, desde la época en que éste la decoró hasta ahora, en función de museo, no ha exhibido nunca espacios desnudos. En una clara proyección de su temperamento, Reyes colocó en fila doble los libros y las obras plásticas y gráficas unas tras otras, mezclado todo con fotografías familiares y recuerdos de esas muchas vidas que fue su vida. También en reflejo de su propia obra, en buena medida autobiográfica como la de Montaigne, entre los apartados que resaltan de una colección artística hecha a partir de bodegones, paisajes urbanos, escenas mitológicas y religiosas, etc., es en el retrato donde quizá mejor se nos descubren las inclinaciones no sólo de gusto artístico sino también de intención literaria de Reyes.

En este género, como en los ensayos y narraciones del regiomontano, la sutileza interpretativa estará siempre a flor de piel. El desciframiento — desde luego siempre parcial, aunque de gran riqueza— de la personalidad, el desnudamiento del alma

humana se abrirá de capa en los retratos hechos a la familia Reyes por A. Costilla, Montenegro, Foujita, Rodríguez Lozano o Portinari. Y desde luego, en el realizado por este último, en 1931, a una modelo anónima —¿María Portinari?— que, como en el retrato de Reyes por Rodríguez Lozano, arrastrará claras influencias de Modigliani.

En algunas ocasiones la relación que Reyes mantuvo con los artistas y sus obras se extendió además al campo epistolar. Existen cartas cruzadas entre él y el Dr. Atl, Julio Castellanos, Roberto Montenegro, Max Aub o Cándido Portinari. En otras parece que a Reyes le bastó el puro contacto visual con las obras para establecer la comunicación con sus creadores.

También, desde luego, Alfonso Reyes escribió sobre pintura, tomó fotografías y realizó bocetos de París, Río de Janeiro o el cerro de La Silla en Monterrey. Y fue caricaturizado en dibujos por Toño Salazar, el Chango García Cabral, Daniel Vázquez Díaz, Xavier Villaurrutia, Carlos Fuentes, Rubén Bonifaz Nuño y hasta Elena Poniatowska. Por otro lado, el dibujo apareció muchas veces en sus libros como elemento fundamental. José Moreno Villa ilustró *La saeta* y *Calendario*; Juan Soriano lo haría en una edición reciente de *Ifigenia cruel* y Elvira Gascón en la *Iliada* de Homero y *Vida y ficción*. Nora Borge, hermana de Jorge Luis, fue la responsable de los trazos para *Fuga de Navidad*.

El arte fue para Alfonso Reyes una actividad cotidiana y un acontecimiento singular. Y el coleccionismo la vía de preservar, de llevar siempre consigo, el entorno de amistad y gozo que procuraría recrear en cada uno de los distintos ambientes en que vivió.

Héctor Perea, Centro Virtual Cervantes.





# Jorge Luis Borges: su amistad con Alfonso Reyes

• Quería, desde hace tiempo, conversar con usted, Borges, sobre dos escritores mexicanos. Uno de ellos, muy próximo a la Argentina, y a usted, creo, Alfonso Reyes, y el otro Octavio Paz.

De Octavio Paz puedo hablar con escasa autoridad; no he leído nada suyo, tengo el mejor recuerdo personal de él. Hablemos sobre Alfonso Reyes.

*Muy bien.*

Yo lo conocí en la quinta de Victoria Ocampo, que está, creo, en San Isidro. Lo conocí a Alfonso Reyes, y recordé enseguida a otro poeta mexicano, a Othón, de quien recuerdo aquel verso: "Veo tu espalda y ya olvidé tu frente", y después: "Malhaya en el recuerdo y el olvido". Esto parece de Almafuerte, ¿no? Entonces, Alfonso Reyes me dijo que él había conocido a Othón, que Othón frecuentaba la casa de su padre, el general Reyes, que se hizo matar cuando la Revolución mexicana. Una muerte bastante parecida a la de mi abuelo, Francisco Borges, que se hizo matar después de la capitulación de

Mitre, en La Verde, en el año 1874. Alfonso Reyes me dijo que había visto muchas veces a Othón; entonces yo me quedé asombrado, porque uno piensa en los autores, y uno piensa en libros; uno no piensa, bueno, que los autores de esos libros eran hombres, y que hubo gente que pudo conocerlos. Yo le dije: pero, cómo, ¿usted lo conoció a Othón? Entonces Reyes dio, inmediatamente, con la cita adecuada, que eran unos versos de Browning, y me dijo: "Ah, did you want to see Shelley play?". Que es la misma situación: una persona asombrada de que alguien haya conocido a Shelley; y yo asombrado de que él hubiera conocido a Othón. Pero el hallazgo de esa cita, bueno, fue un hallazgo personal suyo. Qué curioso: en las novelas japonesas, uno de los hábitos de la gente de la corte es, cuando quieren decir algo, no decirlo directamente, sino citar un verso —chino o japonés— que antecede a lo que quieren decir. Y así se dicen indirectamente las cosas. Y otro mérito es el de reconocer inmediatamente a qué poema se refiere el otro. Bueno, pues Reyes, en aquellas primeras palabras que cambió conmigo, pasó de mi "pero, cómo, ¿usted lo conoció a Othón?", al "Ah, did you want to see Shelley play?": la "memorabilia" de Browning. Entonces, desde aquel momento, nos hicimos amigos, y ... él me tomó en serio. Yo no estaba acostumbrado a ser tomado en serio. Creo que quizá sea un error tomarme en serio. Pero, en todo caso, ese error se ha difundido después; pero en aquel tiempo era nuevo para mí. Nos hicimos amigos —además, ya nos unía el gran nombre de Browning, y aquella cita oportuna—, y él me invitó a comer (él me invitaba a comer todos los domingos) en la embajada de México, en la calle Posadas. Y ahí estaba él, su mujer, su hijo y

yo. Y hablábamos hasta bien entrada la noche: "till the small hours", como dicen en inglés, "hasta las horas breves", ¿no? Hablábamos de literatura, preferentemente de literatura inglesa; y hablábamos también de Góngora. Yo no compartía, y no comparto del todo, el culto que él le profesaba a Góngora, pero sabía de memoria muchas composiciones de Góngora. Hablábamos de literatura.. yo lo llevé a Ricardo Molinari a que lo conociera a Reyes. Y cuando salimos, me dijo Molinari: "Es la noche más feliz de mi vida". Claro, es una frase hecha, pero en aquel momento era cierta, "he conocido a Alfonso Reyes". Efectivamente, lo había conocido. Y después fui a verlo con Francisco Luis Bernárdez, también. Pero yo fui el que los llevó a los otros. Luego Reyes fundó una revista llamada *Cuadernos del Plata*; y me pidió que colaborara, y yo le contesté, y él me contestó después, lamentando lo que yo le decía: que en esa revista colaboraban Leopoldo Marechal y Francisco Luis Bernárdez. Yo era muy amigo de Bernárdez y conocía muy superficialmente a Marechal, pero sabía que eran nacionalistas, y yo no quería publicar en una revista donde publicaran nacionalistas, ya que la gente confunde todo fácilmente, y hubieran dicho que yo me había convertido al nacionalismo. Reyes me dijo que lamentaba esa ausencia mía, pero que —desde luego, no precisó decirlo— eso no afectaba en nada nuestra amistad (el que yo no publicara en la revista). Después, él publicó un libro mío que hubiera debido rechazar, y que yo trato de olvidar ahora. Se llamaba *Cuaderno de San Martín* y lo ilustró Silvina Ocampo, creo.

*¿Dedicado a Wally Zenner?*

No, había una composición dedicada a ella, nada más. No, el libro no está dedicado a nadie, no; había un poema dedicado a Wally Zenner, un poema bastante flojo que, bueno, he omitido después, porque realmente no la honra a ella, y puede deshonrarme a mí, ¿no? Era muy, muy flojo.

*(Ríe.) Pero usted me decía que Alfonso Reyes, además de ocuparse de usted y apoyarlo, en cierta medida, también se ocupó de otros escritores.*

Desde luego.

*Inclusive de Macedonio Fernández.*

Bueno, en el caso de Macedonio Fernández, yo le llevé los textos. Reyes no sabía nada de Macedonio, pero los aceptó para los *Cuadernos del Plata*. Y ahí se publicó ese libro de Macedonio, que Macedonio no quería publicar, y que yo, bueno, se lo "robé" un poco. Y corregí las pruebas con Alfonso Reyes. Era *Papeles de Recienvenido*; fue el primer libro que publicó Macedonio. Él no quería publicar, me decía que él escribía para ayudarse a pensar, pero que no pensaba que lo que escribía tuviera algún valor literario. Lo hacía como ayuda a su propio pensamiento. Muchas eran cartas, que él había escrito un poco en broma. A él no le gustaba la idea de la publicidad, creía que era un error. Y luego, años después de la muerte de Macedonio, leí una biografía de Emily Dickinson. En esa biografía, ella dice que publicar no es parte necesaria de un destino literario, que un escritor puede no publicar. Bueno, posiblemente tuviera razón. Y recuerdo un caso aná-

logo; el caso de uno de los máximos poetas de Inglaterra, lo cual ya es decir mucho: John Donne, quien creo que no publicó casi nada. El escribía versos, o pronunciaba sermones, y eso circulaba en forma manuscrita. Pero no creo que él publicara nada, aunque puedo equivocarme. En el caso de Emily Dickinson, ella publicó creo que cuatro o cinco poemas en vida, y todo lo demás lo encontraron en los cajones en su habitación. Y uno de los mejores cuentos de Herman Melville, "Billy Budd", creo que usted me dijo fue encontrado en uno de los cajones de su escritorio. Melville no había pensado en publicarlo, aunque publicó muchos libros, desde luego. En cambio, actualmente, noto que se piensa en la publicidad, o se piensa, más bien, en la escritura como un medio de llegar a la publicidad, a la promoción. Ocurre eso; parece increíble —otras épocas no lo entenderán—, pero ahora ocurre eso: se piensa que lo dicho o lo manuscrito es irreal, pero que lo impreso es real. Bueno, la verdad es que lo impreso da cierta firmeza a las cosas, ¿no? Y Alfonso Reyes me dijo: "Publicamos para no pasarnos la vida corrigiendo los borradores". Es decir, uno publica un libro para librarse de él; que es lo que me sucede a mí. Y la prueba está en que, una vez publicado un libro mío, no sé si la crítica ha sido adversa, ha sido elogiosa, no sé si se han vendido ejemplares o no. Todo eso es cuestión de... y de libreros o de editores quizá, pero no de escritores.

*Se prescindía de la idea del éxito; de la idea de la difusión del nombre a través de la palabra impresa.*

Sí, y además era natural que fuera así, porque un escritor casi no contaba, o contaba muy poco. Y

recuerdo que Arturo Cancela le dijo a mi padre: "Mis enemigos dicen que yo vendo mucho mis libros, para desacreditarme; porque así yo quedo como escritor popular, es decir, malo. Pero la verdad es que se venden muy poco". La verdad era que se vendían mucho, pero que a él no le gustaba decir que se vendían mucho. Porque un escritor, se entendía que debía escribir para pocos. Aquellos versos de Stefan George —yo conozco la versión castellana de Enrique Díez-Canedo—, un gran amigo de Reyes, dicen: el poema, "de raros elegidos es raras veces premio". Y Stefan George toma una imagen de Henry James; esa imagen es de un libro de James que se titula *The Figure in the Carpet* (*La trama de la alfombra*). Se trata de un escritor que compara su obra con una alfombra persa. Y esa alfombra a primera vista, parece un caos; y luego uno la mira y ve que hay un dibujo, y se entiende que en toda su obra hay un dibujo —que, naturalmente, Henry James no revela cuál es—, y que en la última escena, el que narra la historia, que es un crítico, está en una habitación, en el piso hay una alfombra persa; está rodeado de los libros del maestro, y piensa llegar a descubrir cuál es ese dibujo, deliberadamente oculto por el autor. Bueno, yo he hablado de este cuento con Reyes; ihe hablado sobre tantas cosas con Reyes! Una cosa que él hubiera deseado, fue conocer a Ricardo Güiraldes, y no se conocieron nunca. El escribió un poema sobre ese desencuentro, que fue, de un modo ideal, una suerte de encuentro. Y en ese poema, Reyes tiene una frase muy linda para la tranquera, en el medio del campo. Dice que el campo es tan vasto, se refiere a la llanura —que los escritores tradujeron por "la pampa"—, que de los dos lados se está afuera. Muy lindo, y es

un poco mágico, ¿no?: de los dos lados de la tranquera, en la llanura, uno está afuera. Y Reyes usa esa imagen en ese poema dedicado a Güiraldes.

*Hay un aspecto muy importante, Borges, que usted comparte con Alfonso Reyes. Si recordamos "Reloj de sol" o Visión de Anáhuac, o ese poema de él, "Homero en Cuernavaca".*

No conozco ese poema, pero "Reloj de sol" sí; y recuerdo el epígrafe: "El reloj de sol, el que da las horas con modestia". Está muy bien, ¿eh?: sin campanadas, sin ruido de ninguna especie. "Da las horas con modestia"... y hay una antología... yo no sé si la menciona, o si la hizo Dorothy Sayers, sobre inscripciones en relojes de sol. Hay una clásica, que es: "Sólo enumero las horas claras", que es muy lindo porque se refiere a las horas de felicidad. Y hay otra inscripción que dice: "It is later than you think" —es más tarde de lo que piensas—, en un reloj de sol de un jardín de Inglaterra. Y hay como una leve amenaza allí, ¿no?: "Es más tarde", como si lo amenazara de muerte a quien lee. "Es más tarde de lo que piensas"; es decir, estás más cerca de la muerte, supongo yo, ¿no?

*Hay otro poema relativo a todo esto: "Piedra de sol", pero ése pertenece a Octavio Paz.*

Ese no lo conozco, pero creo que "Piedra de sol" se refiere a un reloj de sol, ¿no?

*Claro, el reloj de sol azteca.*

Es eso, claro. "Piedra de sol"; es un lindo título, ¿eh?



*Lo que usted tiene en común con Alfonso Reyes es que ambos...*

Bueno, tenemos el amor de la literatura y de las literaturas.

*Claro.*

Ahora, desde luego, él había leído mucho más que yo, él me enseñó, y... muchísimas cosas, sí. Y él tenía el culto de Homero; y a mí me cuesta un esfuerzo admirar la *Iliada*, salvo los cantos finales. Y, en cambio, leo y releo la *Odisea*; y como no sé griego, eso, de algún modo, es una ventaja, ya que me permite leer las muchas traducciones de la *Odisea* que hay. De igual modo que mi ignorancia del árabe me ha permitido leer seis o siete versiones de *Las mil y una noches*. De modo que quizá convenga ignorar los idiomas, ya que, en ese caso, uno lee varias versiones de un libro. Ignorando idiomas, que es mi caso, en lo que se refiere al griego, al árabe, bueno, y a casi todos los idiomas del mundo, ya que lo que un hombre puede saber es muy poco.

*Solamente por factores cronológicos, Borges, tenemos que detener esta audición.*

Quería agregar una galantería de Alfonso Reyes a Victoria Ocampo; le dijo: "Otra vez se hablará de la era victoriana", refiriéndose a ella.

*Estupendo.*

Sí, estuvo muy bien. Era una broma, pero una broma, bueno, cortés; un homenaje.

Tomado del libro *Diálogos*,  
del poeta, periodista y escritor argentino  
Oswaldo Ferrari.



# Misión diplomática de Alfonso Reyes

*But they that observe their differences, and dissimilitudes,  
which is called distinguishing, and discerning, and judging  
between thing and thing, in case such discerning be not  
easy, are said to have a good judgement.*

Thomas Hobbes, Leviatan

Aunque para Alfonso Reyes el ejercicio de la diplomacia haya sido, al menos por dos décadas, un instrumento privilegiado de contacto con el mundo, la extensa fortuna crítica construida en torno a su obra dedica un espacio poco expresivo a su actuación como funcionario diplomático del servicio exterior mexicano.

Tal omisión, que se podría atribuir, hasta cierto punto, a la primacía natural que los comentaristas de su obra prefieren dar a su producción literaria y ensayística, refleja también, a su manera, la compleja convivencia entre la cultura y las instituciones del Estado en las sociedades iberoamericanas. La reciente publicación de *Misión diplomática* —donde encontramos un relato pormenorizado, y de su puño y letra, de la experiencia diplomática de Alfonso Reyes en Madrid, París, Buenos Aires y Río de Janeiro, en el periodo de 1920 a 1939— podrá ayudarnos a comprender mejor esa problemática relación y, tal vez, inspirarnos en el sentido de reducir la distancia y la incomprensión que separan estos dos mundos.

El Brasil y México han tenido en sus cuerpos diplomáticos notables figuras de intelectuales. En

una relación que está lejos de ser exhaustiva, bastaría con citar los nombres de Joaquín Nabuco, João Guimarães Rosa, João Cabral de Melo Neto y José Guilherme Merquior, por el Itamaraty, y Octavio Paz, Carlos Fuentes y el propio Alfonso Reyes, por Tlatelolco, para testificar los quilates de la contribución que ambas cancillerías han prestado a las letras y al pensamiento latinoamericano.

La producción literaria de Alfonso Reyes está marcada por el espíritu del viajero. Sus múltiples intereses —que van de la música a la medicina, pasando por la filosofía, la poesía y la historia— sugieren que la cohabitación con otras culturas actuó en su obra como importante aglutinador de ideas. De su condición de viajero diplomático proviene una capacidad única de sorprenderse con el mundo, con una visión siempre renovada y sin valerse, jamás, de fórmulas convencionales. Tales características son notables en textos como *La crítica en la edad ateniense* y *Visión de Anáhuac*, lectura por la que entré en contacto con el pensamiento de Reyes. Fue Octavio Paz el que me transmitió en Cornell, cuando fui su alumno, la presencia humana de Alfonso Reyes, cuya influencia sobre el Nobel mexicano está reconocida en el prólogo de su obra prima *El arco y la lira*. Según Paz, Reyes fue feliz en el Brasil y hablaba del país con verdadera fascinación. El interés de Octavio Paz por esa nación tiene allí, probablemente, su origen.

Sabemos que al llegar al Brasil, en abril de 1930 —después de pasar tres años en Buenos Aires al frente de la representación mexicana—, su primera reacción ante el nuevo encargo no fue de gran entusiasmo. Las circunstancias políticas internas de la época, asociadas con las dificultades de instalación

en la sede oficial y con un estado de espíritu, en aquel momento, marcadamente melancólico, hicieron difícil la llegada a Río de Janeiro y la adaptación del nuevo embajador mexicano.

Esas primeras dificultades serían, entretanto, superadas muy pronto ante la fascinación por el Brasil, su cultura y su gente. En un texto de 1942 titulado “El Brasil en una castaña”, en el que sintetiza en forma admirable la historia y el alma brasileñas, Reyes describe, con la exuberante imaginación que le era propia, educada igualmente en las teogonías prehispánicas y occidentales, la génesis mítica de Brasil. Al enfatizar la importancia de la escala continental del país, como uno de los elementos determinantes de nuestra inserción en el mundo, Reyes singularizaba lo que, a mi modo de ver, es uno de los aspectos esenciales de la identidad internacional del Brasil. A esa vastedad continental, que nos da un papel en la tesitura del orden mundial, está asociado el dato geográfico de la América del Sur, que es nuestra circunstancia diplomática; la positiva y pacífica relación con nuestros múltiples vecinos; la experiencia de un “pueblo nuevo”, fruto de la confluencia de variadas matrices y tradiciones, amalgamada por la unidad de la lengua portuguesa; el componente latinoamericano de nuestra identidad cultural; la relativa distancia de los focos de mayor tensión en el escenario internacional; el desafío del desarrollo y el imperativo de rescatar la deuda social, que es el pasivo de nuestra historia. Este conjunto de elementos nos caracteriza en el pluralismo del mundo.

Poco a poco, Reyes fue reuniendo a su alrededor una pléyade de poetas, pensadores y hombres públicos. Una de las frecuentadoras contumaces de la

embajada mexicana en la Rua das Laranjeiras era Cecilia Meireles. La autora del *Romanceiro da Inconfidência* admiraba el “equilibrio clásico” de Reyes, a quien describe como dueño de “una inquietud muy actual de ideas y de un tranquilo gusto por el pasado”. Si es verdad que están presentes en toda su producción literaria y ensayística, en forma invariable, esas características, se hacen notar también en los oficios diplomáticos reunidos en la presente edición del Fondo de Cultura y la SRE.

En “Esaú e Jacó”, el narrador observa que “los buenos diplomáticos guardan el talento de saber todo lo que les dice un rostro callado, aun lo contrario (...) Vocación de descubrir y encubrir. Toda la diplomacia está en estos dos verbos emparentados”. Alfonso Reyes, que leyó a Machado de Assis, supo como pocos interpretar los silencios del presidente Getulio Vargas. Para Reyes, el comportamiento a veces taciturno de Getulio no era, como querían sus adversarios, síntoma de perplejidad o debilidad, sino una astucia reflexiva por medio de la cual, con insuperable talento político, preparaba el momento de la acción.

En un momento marcado por la ascensión y consolidación de los regímenes totalitarios europeos, la capacidad de formular juicios diplomáticos precisos, o sea, de distinguir y diferenciar, puesta en evidencia por el retrato revelador que hace de Getulio Vargas, demuestra toda la sensibilidad y argucia de Alfonso Reyes. Como observa Octavio Paz, en un ensayo titulado “El jinete del aire: Alfonso Reyes” (1960), en una época de “discordia y uniformidad —las dos caras de la misma moneda— Reyes postula una voluntad de concertación, o sea, un orden que no excluya la singularidad de las partes”.

No me parece fuera de lugar conjeturar que Reyes había identificado en el temperamento brasileño esa capacidad de buscar la concordia no como concesión, sino —es Paz quien nos lo enseña— como “juego dinámico de los contrarios, concordancia del ser y del otro, reconciliación del movimiento y del reposo, coincidencia de la pasión y de la forma”. Como fino diplomático y analista del alma humana, Reyes supo entender que la complejidad desafiante del carácter de Vargas exigía, más que el mero relato lineal de los hechos, una exégesis de su personalidad. El propio Vargas afirmaba en su *Diario*, publicado en 1995: “Me gusta más que me interpreten a explicarme yo mismo” (vol. II, p. 209). Reyes lo interpretó y lo explicó.

La fecha nacional mexicana se conmemora la noche del 15 al 16 de septiembre: una semana después, por lo tanto, de nuestra independencia. Al celebrar el “grito” mexicano, el 15 de septiembre de 1941, Alfonso Reyes, que había dejado el Brasil dos años antes, rendía un conmovedor homenaje al país en un texto intitulado “Salutación al Brasil”, que fue leído en la Hora Nacional de la radio. El breve texto se cierra con un saludo a los amigos brasileños que constituye un testimonio perenne de amistad y cariño:

¡Oh, vayan a nuestros hermanos del Brasil, distantes y cercanos —pueblo que es conservatorio de cordura y de cortesía, pueblo que nos reconcilia con la humana especie, en esta hora de pesadilla—, las palabras de un mexicano que tuvo la suerte de quemar, en su cálida frecuentación, algunos años de su vida!

Obras Completas, vol. IX, pp. 185-186.



Ese sentimiento de admiración por el Brasil y su gente permanece, tanto en la atención meticulosa que dedica a entender una cultura diversa y una lengua de extrañas sonoridades —“una lengua casi transparente”, afirmaba, haciendo eco de la frase de inicio de *Visión de Anáhuac*: “Viajero, has llegado a la región más transparente del aire”—, como en la curiosidad con que registra las costumbres y creencias locales. Al hablar, por ejemplo, de la estatua de Cuauhtémoc, que el gobierno mexicano obsequió a Río de Janeiro —y que aún hoy podemos encontrar cerca del sitio que le fue asignado originalmente, al final de la Playa del Flamenco—, Reyes comenta el modo en que la ciudad, “por generoso ministerio del gran Poeta Desconocido; es decir del pueblo”, incorporó a su propia mitología, en una demostración de la natural vocación al sincretismo y al pluralismo que permea nuestra visión del mundo, la figura del emperador mexicano, en torno al cual los supersticiosos daban tres vueltas, con la cabeza descubierta, con la esperanza de que Cuauhtémoc realizara sus deseos.

Aunque la costumbre haya caído en desuso, tanto como los sombreros, la publicación de *Misión diplomática*, en un momento en que el mundo vuelve a vivir “horas de pesadilla”, es un presente más que el emperador Cuauhtémoc nos ofrece, por el cual podemos oír otra vez la voz única de Alfonso Reyes, el embajador de México en el Brasil.

Celso Lafer, reseña de *Cuauhtémoc en Río de Janeiro*, Alfonso Reyes, *misión diplomática*, comp. Víctor Díaz Arciniega, Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 2001, 2 vv.  
Revista *Letras Libres*, abril, 2002.  
Traducción de Valquiria Wey

## Amistad literaria

Una primera y tal vez ingenua mirada al epistolario de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña nos seduce por aspectos menores pero nunca despreciables. Aspectos secundarios o accidentales: no están en el fondo de esta correspondencia indudablemente excepcional. Seduce la atmósfera: el mundo que la hizo posible. En primer lugar, la constancia, o mejor dicho: el gusto y la necesidad por la constancia. Alfonso Reyes y Henríquez Ureña tenían un doble gusto: el de la comunicación y el de la escritura, además de que entre ellos se había tendido el puente del magisterio: el escritor dominicano guiará la formación del escritor de Monterrey: sus lecturas, sus actitudes, incluso sus hábitos. Reyes escribe como discípulo y don Pedro como maestro, pero ambos lo hacen siempre a partir de una clara inteligencia: sus cartas cruzadas son entre iguales, que se sabían iguales en sus particulares circunstancias. Reyes aprendía muy rápido, como bien sabía Henríquez.

Las razones de la constancia. Quizá estas líneas que escribió Reyes en 1913 desde París echen luz sobre el asunto: “Pedro: He pasado mis ratos más

tristes pensando si seré yo del género de hombres a quienes la soledad es provechosa. Después de vivir tantos años en medio de amigos extraordinarios, hasta respirar se me hace difícil por mi cuenta, Convengo en que la soledad me curará de este mal hábito, devolviéndome o desarrollándome mis fuerzas autonómicas. Pero ¿será esto lo mejor para el progreso de mi espíritu, aun cuando sea lo mejor desde el punto de vista de mi libertad vital?”

No era Reyes un adolescente entonces. Tenía veinticuatro años: precisamente la edad en la que se cree saber todo y se sabe muy poco, casi definitivamente. Reyes supo que estaba en una encrucijada, y las líneas que destina a su amigo y maestro son una suerte de anuncio de su destino. Es notable que en la correspondencia no haya respuestas directas: el maestro no da consejos, y el discípulo no los solicita. La soledad de Reyes es una pregunta, y Henríquez Ureña responde, de acuerdo con la respuesta implícita en la propia formulación (dos correspondientes inteligentes preguntan y responden muchas menos veces que los escribientes comunes). El mismo año Henríquez Ureña le dice a su amigo: “Tu carta me confirma en la idea de que debo aconsejarte no pienses (sic) en México ni escribas apuros. ¡Tú que nos dejabas aquí sin compañía tan a menudo, ahora la echas de menos!”

En las líneas siguientes don Pedro parece exagerar: no solamente no extraña a su amigo sino ni siquiera lo recuerda. El destino, debe saberse siempre, está ahí, todavía y siempre. Reyes lo sabía. Henríquez no hace más que subrayar algo que su amigo sabía de sobra. El gusto creó la necesidad, y si alguna primera lección han de dejarnos estas cartas se tratará siempre del ejemplo: la soledad es

posible y benéfica cuando puede sostenerse en el lenguaje, en el amor compartido por el lenguaje.

El lenguaje da cuenta y razón sobre todo, aquí, de un desarrollo: el de Reyes. Bien lo señala el crítico y admirable investigador José Luis Martínez: “El vagabundeo mental y los desahogos sentimentales de las primeras cartas de Reyes se van disciplinando, a fuerza de precisión y objetividad el primero, y de pudor varonil los últimos. La carta final de este volumen (112, del 19 de septiembre de 1914), en la que relata con serena tristeza, sin una queja, su salida de París ante el desastre, abandonándolo todo llevándose un solo libro, y limitándose a decir 'puedo perecer de hambre', muestran el camino recorrido: es ya un hombre y un escritor”.

Desde muy pronto, desde la infancia, Reyes había estado en contacto con los buenos libros. Gracias a ellos descubrió una primitiva maestría; gracias a su inteligencia, supo que la destreza sólo podría desarrollarse en esa benéfica soledad: la del diálogo.

Pero el lector no debería pensar que el epistolario es un compendio de erudiciones más o menos ciertas. La erudición está, pero nunca podría haber sido sustancia de un contacto genuino y auténticamente nutritivo. Aparece siempre vivamente: en la referencia a los pintores (como García Nuñez y Rivera), a los poetas (como López Velarde o Quevedo), pero está siempre entramada, viva, volando en un aire de naturalidad tan indudable como absolutamente compartible.

En los comentarios sobre pintura y literatura está siempre, en ambas partes, el descubrimiento de la modernidad. García Nuñez no es novedoso, Rivera sí, por ejemplo (hay que recordar que las cartas van

del segundo lustro de la primera década del siglo al primero de la segunda). Los corresponsales están del lado de la modernidad. No del rompimiento, sino de la novedad afincada en la tradición genuina.

La novedad cultural de México nacía en buena parte con ellos. El enorme recuento que son estas cartas (nombres, hechos, chismes) sólo diría primero el hecho de la avidez. Pero tal avidez de información se sustentaba en la certidumbre de la necesidad de la propia formación; la génesis y el desarrollo también de una comunidad, que florecería sólo en las soledades benéficas de espíritus ilustrados.

Sería inexplicablemente injusto concluir esta brevísima nota sin hacer mención del trabajo de José Luis Martínez, quien una vez más le ha dado a su tiempo y a sus empeños el mejor sentido: el de la inteligencia y la generosidad. Su trabajo de investigación es completísimo, su aportación, de nuevo, a la historia de las letras mexicanas es invaluable: la noticia exhaustiva, la interpretación exacta, la paciencia como sustento de la claridad. Esta primera parte del epistolario de Reyes y Henríquez Ureña, llena de sabor, de valor histórico, de calidades literarias hoy por desgracia casi insospechadas, tienen en el trabajo del crítico jalisciense no poco de su valor (y no secundario necesariamente).

Juan José Reyes reseña *Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, correspondencia 1907-1914*. Edición de José Luis Martínez. Fondo de Cultura Económica, Biblioteca Americana, México, 1986, 537 pp.

## La carretilla alfonsina

**E**ntre los cuentos y leyendas del folclor industrial hay la historia del que llevaba materiales en una carretilla, sospechosamente. Una y otra vez los inspectores revisaban la documentación y todo estaba en regla; revisaban los materiales para ver si no escondían otra cosa y era inútil. El hombre se alejaba sonriendo, como triunfante de una travesura, y los inspectores se quedaban perplejos, derrotados en un juego que no entendían. Tardaron mucho en descubrir que se robaba las carretillas.

Los inspectores de Alfonso Reyes parecen más afortunados, pero no lo son. Una y otra vez han descubierto que sus conocimientos del griego eran limitados, que sus credenciales académicas (una simple licenciatura en derecho) eran del todo insuficientes para los temas que trataba. Que, en muchos casos, manejaba fuentes de segunda mano. Peor aún: que, en tal o cual caso, no hizo más que poner en sus propias palabras materiales ajenos. Para decirlo soezmente: que sus ensayos eran divulgación. ¿Cuál es el campo de su autoridad? Escribe bien, pero de todo. No puede ser. Entra y sale por los dominios universitarios sin respetar jurisdicción.

nes. Saquea la biblioteca como si toda fuera suya. Lleva la carretilla con gracia, pero no lleva nada.

Aquí, como en su poesía, hay un problema de expectativas del lector. Si todo poema debe ser intenso y fascinante, los de Reyes decepcionan. Si la prosa no es más que el vehículo expositor de resultados de una investigación académica, sus ensayos aportan poco. Pero el lector que así los vea se lo merece, por no haber visto la mejor prosa del mundo: un resultado sorprendente que este genial investigador disimuló en la transparencia; un vehículo inesperado que le robó a los dioses y que vale infinitamente más que los datos acarreados. Datos, por lo general, obsoletos al día siguiente: sin embargo, perennes en la sonrisa de un paseo de lujo.

La investigación artística de la lengua es investigación. De ahí pueden resultar descubrimientos importantes para quienes los sepan apreciar, y hasta para el vulgo. Pero se trata de investigaciones, descubrimientos y divulgaciones invisibles para los inspectores. Un poeta descubrió hace milenios que se pueden intercambiar las palabras usadas para el agua que corre y las lágrimas. ¿Qué hubo de nuevo en el experimento? Que nunca se había construido una frase como “ríos de lágrimas”; que sí se podía construir y que decía algo nunca dicho sobre el dolor: que puede sentirse como algo caudaloso. Hay dolores que queman, como ácidos; dolores que pesan como piedras, dolores que sacuden, que asfixian, que envenenan. Pero también hay dolores que brotan caudalosamente y corren como un río. En lo cual hubo un triple descubrimiento: lingüístico (la construcción es válida, aunque nunca se había intentado), literario (una nueva metáfora, bonita y

expresiva), psicológico (la taxonomía del dolor se enriquece con otra categoría).

La divulgación, naturalmente, no consistió en explicar a los legos el descubrimiento. Consistió simplemente en aprovecharlo, hasta que se volvió una frase vulgar, o en construir variantes a partir de ese hallazgo; algunas tan alejadas del original que resultaron descubrimientos adicionales. Por ejemplo: el del poeta que se remontó al origen de las lágrimas, le dio la vuelta a la metáfora y dijo que los manantiales eran ojos. Esta nueva metáfora se divulgó tanto que fue lexicalizada: llamar ojo de agua a un manantial ya no se consideraba una creación poética de su autor, sino el nombre de algo, como cualquier otro nombre del vocabulario.

Un ensayo no es un informe de investigaciones realizadas en el laboratorio: es el laboratorio mismo, donde se ensaya la vida en un texto, donde se despliega la imaginación, creatividad, experimentación, sentido crítico, del autor. Ensayar es eso: probar, investigar nuevas formulaciones habitables por la lectura, nuevas posibilidades de ser leyendo. El equívoco surge cuando el ensayo en vez de referirse, por ejemplo, a “La melancolía del viajero” (*Calendario*), se refiere a cuestiones que pueden o deben (según el lector estrecho) considerarse académicas. Surge cuando el lector se limita a leer los datos superables, no la prosa insuperable. Así también, el inspector puede indignarse con el actor que hace maravillosamente el papel de malo, en vez de admirarlo. O indignarse con Shakespeare porque escribió la obra aprovechando un argumento ajeno. O con el pintor que considera suya la copia que hizo en un museo de un cuadro que le interesó, para observarlo y recrearse recreándolo (como Reyes



reescribió a su manera y publicó en su Archivo un libro que le interesó). O indignarse con el público que escucha *La Pasión según san Mateo* sin saber alemán, aunque lo importante en esta obra no es lo que dice la letra, sino lo que dice Bach.

Reyes se dio cuenta del problema y nos ayudó a entenderlo con una metáfora memorable: el ensayo es el centauro de los géneros. Un inspector de centauros difícilmente entenderá el juego, si cree que el centauro es un hombre a caballo; si cree que el caballo es simplemente un medio de transporte. El ensayo es arte y ciencia, pero su ciencia principal no está en el contenido acarreado, sino en la carretilla; no es la del profesor (aunque la aproveche, la ilumine o le abra caminos): su ciencia es la del artista que sabe experimentar, combinar, buscar, imaginar, construir, criticar, lo que quiere decir, antes de saberlo. El saber importante en un ensayo es el logrado al escribirlo: el que no existía antes, aunque el autor tuviera antes muchos otros saberes, propios o ajenos, que le sirvieron para ensayar.

Es posible que el ensayista avance por ambas vías porque el centauro así lo pide. Que llegue a descubrir no sólo textos inéditos importantes que salen de su ser, su cabeza, sus manos, sino cosas que los especialistas no habían descubierto y que deberían aprovechar. Desgraciadamente no pueden hacerlo sin arriesgar su legitimidad. Se supone que fuera del gremio no puede haber descubrimientos válidos. Por eso es tan común el escamoteo mezquino de aprovechar, sin reconocer: sería mal visto citar a un ensayista en un trabajo académico. Lo cual es una pequeñez, pero sin importancia literaria; a menos que los ensayistas se dejen intimidar y actúen

como si la creación fuese menos importante o menos investigación que el trabajo académico.

Reyes no se dejaba intimidar. A los veintitantos años escribía reseñas admirables por su prosa, animación y precisión en la *Revista de Filología Española* (recogidas en *Entre libros*): como un filólogo que domina su técnica, en el doble sentido de ser profesional y de escribir muy por encima de su profesión: como verdadero escritor. Lo recordaba en Monterrey, treinta años después (“Mi idea de la historia”, *Marginalia*, segunda serie):

“Me sometí desde el buscarlo hasta el publicarlo con todo su aparato crítico. Pero no confundiría yo, sin embargo, esas disciplinas preparatorias con la exégesis y la valoración de la cultura a la que aspiraba. Lo que acontece es que las artimañas eruditas son reducibles a reglas automáticas fáciles de enseñar y que, una vez aprendidas, se aplican con impersonal monotonía. No pasa lo mismo para las artes de la interpretación y la narración, cuya técnica se resuelve en tener talento”.

La importancia del distinguo y, sobre todo, la jerarquización, salta a la vista en las reseñas de *Entre libros*, que se pueden leer sabrosamente, aunque fueron escritas entre 1912 y 1923. No importa que los libros y conocimientos a los cuales se refieren estén datados. La verdadera novedad, que sigue siendo noticia, como diría Pound “poetry is news that stays news”, está en la prosa trabajada como poesía. los datos envejecen, la carretilla no.

Es posible y deseable, como lo muestra Reyes, que el especialista sea mucho más que un especialista: un espíritu ensayante, un escritor de verdad. Ha sucedido con filósofos, historiadores, juristas, médicos. Pero con el auge de la universidad como centro

de formación de tecnócratas, la cultura libre (frente a la cultura asalariada), la cultura de autor (frente a la cultura autorizada por los trámites y el credencialismo), la creación de ideas, metáforas, perspectivas, formas de ver las cosas, parecen nada frente a la solidez del trabajo académico.

Es natural que los especialistas, sobre todo cuando la ciencia necesita grandes presupuestos, estén conscientes de la importancia de las relaciones públicas. Que practiquen dos formas de comunicación social complementarias: las notificaciones de resultados dirigidos formalmente a sus colegas en revistas especializadas y la divulgación para el gran público. Que vean los ensayos como divulgación. Que lleguen a contratar escritores para exponer sus investigaciones. Pero el ensayo es un género literario de creación intelectual, no un servicio informativo de divulgación. La función ancilar (llamada así por Reyes en *El deslinde*) usa la prosa como ancila, sirva, esclava, criada, del material acarreado: como carretilla subordinada al laboratorio del especialista. El ensayo, por el contrario, subordina los datos (especializados o no) al laboratorio de la prosa, al laboratorio del saber que se busca en formulaciones inéditas, al laboratorio del ser que se cuestiona, se critica y se recrea en un texto.

El lector incapaz de recrearse, de reconstituirse, de reorganizarse en la lectura de un ensayo que realmente ensaya, es un lector empobrecido por la cultura tecnocrática. No sabe que le robaron la carretilla.

Publicado en *Proceso*, núm. 583, 4 de enero de 1988, pp.50-51. Tomado de *Letras Libres*, núm. 1, México, D.F., enero de 1999, pp.30-32.

# Índice

In memoriam A. R.	13
Borges y yo	17
¿Existe Alfonso Reyes?	19
La “inteligencia” mexicana	31
Un hombre de letras	35
	41
	45
	47
(...) ¿Qué opina de Alfonso Reyes?	49
	51
Alfonso Reyes, <i>El plano oblicuo</i> , Madrid, 1920	53
Alfonso Reyes	55
Ortega y Alfonso Reyes	61
La universalidad de Alfonso Reyes: un acercamiento a “La cena”	75
Recuerdo de Alfonso Reyes	89
Reyes, medio siglo	91
Cuadros de una colección	101

Jorge Luis Borges: su amistad con Alfonso Reyes	105
Misión diplomática de Alfonso Reyes	115
Amistad literaria	121
La carretilla Alfonsina	125



*EDICIONES DEL FESTIVAL ALFONSINO*

*Otredades o los alfonsinos lectores*, edición de Genaro Huacal, terminó de imprimirse en mayo de 2012 en los talleres de la Imprenta Universitaria. En su composición se utilizaron tipos New Baskerville de 8, 9, 10, 11, 12, 14, 16 y 48 puntos. El cuidado de la edición estuvo a cargo del autor. Formato electrónico y diseño de portada de Claudio Tamez.













*Otredades* ofrece una visión de Alfonso Reyes desde la mirada de autores como Octavio Paz, Mario Vargas Llosa, Juan José Arreola, José Alvarado, René Avilés Favila, Edmundo Valadés, Ramón López Velarde, Pedro Henríquez Ureña, Carlos Fuentes y Héctor Perea, entre otros.

Reyes (1889-1959) además de dejar una producción que sigue asombrando por su variedad temática, su depurado estilo y sus alcances, cultivó un género que, aunque no es nuevo, sí requiere de tiempo y dedicación: la amistad. A través de estas páginas la memoria de Reyes se perfila como un humanista de largo alcance en todos los sentidos.

Borges mismo reconoce el legado del autor de *Cuestiones estéticas*, y así lo hace ver en el poema incluido en el presente volumen: *Reyes, la indiscifrable Providencia / que administra lo pródigo y lo parco / nos dio a los unos el sector o el arco, / pero a ti la total circunferencia.*

El lector encontrará en este libro un motivo para conocer de cerca a un autor cuya veta literaria parece no agotarse.



**UANL**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN®